

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

ESTUDIOS HISTORICOS.

EL CARDENAL JIMENEZ DE CISNEROS,
REGENTE DE CASTILLA.

ARTICULO II.

(CONCLUSION.)

Ocupábase Cisneros en estos plausibles trabajos, al mismo tiempo que los Reyes Católicos, obedeciendo á la imperiosa ley de la política engendradora por el gran triunfo de sus armas, intentaban acometer la difícil y arriesgada empresa de reducir al cristianismo á todos los vencidos sarracenos. Deseando valerse del arzobispo de Toledo, llamaronle á Granada, para que ayudando á fray Fernando de Talavera, á quien habian investido con la dignidad arzobispal de aquella diócesis, llevase á realidad aquel pensamiento. No eran el carácter fuerte de Cisneros y la severidad de sus doctrinas los medios mas á propósito para lograr el fin que los reyes se proponían: entre las medidas que adoptó, habia algunas que podian calificarse de violentas y poco acertadas, como manifestaron despues los hechos. Trató, por ejemplo, de obligar á los renegados y á sus hijos á que abjurasen del islamismo; y este mandato que contradecía las capitulaciones, bastó para encender la tea de la rebelion, viéndose amenazado Cisneros de perder la vida en su misma casa.—Cedieron finalmente los amotinados á las persuasiones del arzobispo Talavera y del conde de Tendilla, restableciéndose la paz en la ciudad, si bien no tardó esta en turbarse para llenar de luto á muchas familias castellanas y privar á España de multitud de brazos útiles para la agricultura, brazos que pasaron á cultivar el suelo africano. Otra de las medidas que no pueden menos de condenar la

AGOSTO,

crítica, fué la de ordenar que fuesen quemados cuantos códices arábigos existían ó se hubieron á las manos en Granada: este acto, hijo mas bien del odio religioso profesado por Cisneros á los sarracenos que de una política acertada, no tiene disculpa alguna en un hombre que, como él, estaba iniciado en el conocimiento de las lenguas orientales. ¿Qué fruto esperaba de edicto semejante? ¿Se reducirían los musulmanes mas fácilmente? Antes bien exaltada su cólera, creció la saña que abrigaba en su pecho contra los vencedores.—¿Se extirparían así sus erradas creencias?... Fuera de Granada habia millares de libros, que contenían y glosaban la ley de Mahoma, y bastaban por tanto á perpetuarla.—Lo que se obtuvo solamente, lo que se logró fué dar funestos ejemplos, tanto mas lamentable cuanto que siendo imitacion de otros hechos de barbarie, iba tambien á ser imitado con mas calor por los misioneros del Nuevo Mundo:—llevados del ejemplo, quemaban estos cuantos escritos geroglíficos é históricos hubieron á las manos, privando así á las ciencias morales de aquellos auténticos testimonios para conocer y apreciar la historia del pueblo americano.—La conducta observada por el arzobispo Cisneros en Granada no puede dejar por tanto de merecer la censura de todos los hombres sensatos é imparciales.

Pero al mismo tiempo que ofrecia al mundo el antiguo archipreste de Uceda tan lamentables pruebas de su excesivo celo religioso, quiso dejar tambien á su posteridad solemne testimonio de su ilustracion, lo cual atenúa hasta cierto punto los duros cargos que pueden dirigírsele.—El acrecentamiento de la célebre universidad de Alcalá, creada por Sancho IV de Castilla y enriquecida por él con el colegio de San Ildefonso, donde reunió á todos los hombres mas distinguidos de su época, y el pensamiento de dar á luz la *Biblia Políglota*, si ya careciese el cardenal Cisneros de otros títulos para merecer el aprecio de sus

compatricios, bastarian para inmortalizar su nombre.

Abrigaba el arzobispo desde su juventud la idea de reunir en un solo libro todas las versiones que se hubieran hecho y pudieran hacerse de aquella veneranda historia; y cuando rodeado ya de las personas mas hábiles de Europa, se halló en estado de poder desarrollarla completamente, no perdonó medio ni gasto alguno para alcanzarlo. "Muy útil es para la Iglesia (decia en el prefacio que puso al frente de la Biblia dirigido al gran Pontífice Leon X) el dar al público los originales de la Escritura, ya porque ninguna traduccion puede representarlos perfectamente, ya porque segun el sentir de los Santos Padres, se debe recurrir al texto hebreo para conocer profundamente los libros del *Antiguo Testamento*, y al griego para interpretar los del *Nuevo*."—La *Biblia Complutense*, llevada á cabo con los desamparados y esparcidos restos de los pueblos árabe y hebreo, no comenzó sin embargo á publicarse hasta el año de 1515, segun hemos mostrado en obra competente.

Sorprendió el siglo XVI al ilustre arzobispo de Toledo ocupado en tan plausibles trabajos, á que consagraba toda su atencion, dedicando no pocas horas á la revision de los manuscritos griegos, hebreos, caldeos y latinos; cuando la muerte de la reina Isabel vino á sacarle de aquellas tareas, para entregarlo de lleno á los negocios públicos.—Del modo con que Cisneros cumplió con los deberes que le imponia su estado, apareciendo como el medianero entre el rey Fernando, el archiduque don Felipe y los descontentadizos magnates, lo han visto ya nuestros lectores en el artículo anterior, en donde tratamos al mismo tiempo de apreciar su conducta, durante los veinte meses de su difícil regencia.

Noticioso entre tanto Julio II de las grandes virtudes del arzobispo, le honró en 1507 con el capelo, merced que fué recibida por Cisneros con la ejemplar modestia que le caracterizaba, y que no pudo menos de adquirirle mayor autoridad en el reino. Desde aquel momento firmaba en los documentos públicos: *F. Cardinalis Sanctæ Balbinæ, Archs. Tolets.*

La conquista de Oran, hecho glorioso que en estos dias ha recordado un distinguido historiador (1), era emprendida y llevada felizmente á cabo en 1509 por el valeroso arzobispo: y mostrándose en esta empresa tan há-

bil político como experto caudillo, alcanzaba la honra de que opuesto primero á la ejecucion de tal empresa, lograda ya, saliera á recibirle el rey Don Fernando á cuatro leguas de Sevilla. Unida á esta gran victoria la solicitud con que acudió poco tiempo despues á prevenir el hambre que amenazaba á Castilla (por la grande esterilidad que le aquejó durante algun tiempo), estableciendo á su costa graneros públicos en Toledo, Alcalá, Torrelaguna y otros puntos, ganaba el anciano cardenal la unánime estimacion de los castellanos y el halagüeño título de *padre del pueblo*.—Todos sus desvelos se habian dirigido durante su larga vida á mejorar la suerte de este: toda su ambicion estaba satisfecha, al ver cumplidos sus deseos, que se enderezaban al par, como en el artículo anterior indicamos, á fortalecer la potestad del trono.

Cuando en el tiempo de su regencia el almirante de Castilla, el conde de Benavente y el duque del Infantado fueron á preguntarle en virtud de qué poderes gobernaba el reino; rogóles el cardenal Jimenez con su acostumbrada serenidad que le siguieran; y acercándose á un balcon (que ve todavía con respeto el pueblo de Madrid), les mostró su guardia, exclamando: "En virtud de ese poder gobiernó yo, y he de gobernar á España, hasta que el príncipe Cárlos venga y reciba el reino, cuya regencia me ha confiado." Y haciendo al mismo tiempo una señal, tronó una descarga de artillería, añadiendo el regente con voz entera: *Hæc est ultima ratio regum*. Semejante respuesta llenó de terror á los alborotados y próceres, y los aquietó enteramente, bien á pesar suyo.

Mientras el cardenal Cisneros aseguraba al rey Don Cárlos de Austria la rica herencia de sus abuelos, la envidia de los cortesanos flamencos, excitada ya desde la venida de Felipe el Hermoso, buscaba los medios de deshacerse de él malquistándole con el joven monarca.—Habíala este asociado desde el principio á Adriano de Utrech con el intento de contrarrestar en parte el gran prestigio que gozaba el cardenal en España; pero la desigualdad del talento de entrambos regentes hizo muy en breve que el obispo flamenco hubiera de limitarse á ostentar solamente un vano título, teniendo apenas participacion en el gobierno de un pueblo que por otra parte le era enteramente desconocido. Las empresas de Cisneros, terminadas con tanta gloria, no podian menos de avivar de dia en dia los celos de la corte de Bruselas: D. Cárlos llevado de las sugerencias de sus favoritos, nombró dos coregentes mas, para que reforzasen á Adriano. La Chau

(1) El señor don Cayetano Rosell, en su *discurso de recepcion* leído en la real Academia de la Historia el 13 de mayo de 1857.

y Amestorf vinieron á España: al entrar en el Consejo sufrieron sin embargo la misma suerte que el obispo de Utrech. Cisneros continuó siendo el árbitro de los destinos de Castilla á pesar de la astucia del primero y de la firmeza de carácter del segundo.—Conociendo entre tanto que su vida no podía ser muy larga, rogó al rey Don Carlos que pasase á la península, para que siendo conocido de los castellanos, aprendiesen estos á obedecerle sin la repugnancia con que se recibe entre nosotros el dominio extranjero.—Los consejeros del príncipe retardaron todo lo posible su venida, temiendo que á vista del viejo cardenal se les escapase el favor de las manos. Don Carlos se embarcó al cabo para España: Cisneros se dirigió á Asturias con ánimo de recibirle en sus brazos, viéndose forzado á detenerse en el camino, asaltado de un grave accidente.—Le escribió no obstante con la franqueza que acostumbraba, aconsejándole que despidiese á sus cortesanos, y solicitando con él una entrevista.—La respuesta que obtuvo fué una órden del mismo Carlos, en la cual se le prevenia que dejando de entender en los negocios del Estado, se retirase á su diócesis á descansar, como él mismo había pretendido. Herido al golpe de aquella ingratitud, el ilustre anciano que tanta entereza había desplegado en los veinte meses anteriores, no pudo resistir al peso de su innecesaria desgracia, bajando al sepulcro pocas horas despues de haber recibido la fatal nueva, lo cual ha dado márgen á algunos escritores para suponer que murió envenenado. Semejante sospecha injuriosa para el buen nombre español, nada tiene de verosímil: Cisneros gastado por los trabajos y por los años, cuando contaba ya ochenta de una vida tan afanosa, no se hallaba en verdad en situacion de hacer frente á desengaño tan cruel, principalmente cuando al recibirlo, no se encontraba aun repuesto de los achaques que le hicieron detener su viaje. El cadáver del cardenal fué trasladado al colegio de San Ildefonso de la Universidad Complutense, que había él mismo fundado, donde han reposado sus cenizas en magnífico sepulcro, trasladado con ellas á la iglesia *Magistral* de dicha ciudad en mayo último. Tan bello templo del arte gótico fué tambien fruto de su piedad y munificencia.

Para terminar este breve estudio trasladaremos aquí el juicio que hace el historiador escocés Robertson de tan grande hombre.—«Cuando se considera (dice) la variedad, la grandeza y el buen éxito de las empresas, de este gran ministro, durante una regencia que no duró mas que veinte meses, se duda de si

ha merecido mas elogios por su sabiduría en el consejo, por su prudencia en la conducta, ó por su audacia en la ejecucion. Su reputacion no solamente como hombre de ingenio, sino como hombre piadoso es aun acatada en España; siendo el único ministro á quien sus compatriotas hayan honrado como á un santo, y á quien durante su administracion haya el pueblo atribuido el don de hacer milagros.»—Hé aquí la gloria que acaba de sancionar el voto unánime de los españoles al celebrar las solemnes exequias de Cisneros el 27 y 28 de Mayo de 1857; gloria que en vano intentarían eclipsar cuantos escritores se empeñen en nuestros dias en atribuir á Cisneros pasiones é ideas que estuvo muy lejos de abrigar en los diferentes estados de su vida.

Nosotros que nos preciamos de imparciales, no hemos dejado sin embargo de apuntar los lunares que la historia le reconoce y que dan mayor brillo á sus grandes virtudes. A nuestros lectores toca el decidir si, amantes de la verdad, nos hemos contenido en los justos límites.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

ALBUM DE MIS RECUERDOS,

POR LA SEÑORA

DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

PAGINA TERCERA.

LA IMAGEN DEL CONVENTO.

María, cuyo nombre
Es música mas suave
Que el cántico del ave
Y que del agua el son:
Tu nombre sea fuente
Do beban su armonía
Mi tosca poesía,
Mi pobre inspiracion!

(ZORRILLA: *Corona poética de la Virgen.*)

I.

Un mes despues de la muerte de mi abuela, me llevaron al convento de Santa Rosa, de donde era religiosa una hermana de mi madre.

Nada mas puro y gracioso que mi tia María de los Angeles.

Aquellas personas que creen que la religion es contraria á todo lo que es lindo y halagüe-

ño; aquellas que se la representan adusta, esquivada, ceñuda é intolerante; aquellas en fin, que huyen de ella para entregarse á frívolos y vacíos placeres, hubieran conocido toda su belleza al ver á mi tia.

Cuando yo fuí á su lado entraba ella en el estío de la vida; empero sus treinta años eran mas hermosos y gentiles que las veinte primaveras de otras mujeres.

Su estatura, mas bien baja que alta, conservaba aun la seductora redondez de formas de la primera juventud.

Encerrada en el claustro á los quince años de su edad, sus encantos de niña se habian conservado puros y frescos á la sombra de aquellas santas paredes, acariciadas por las auras de los estensos y perfumados jardines de Santa Rosa.

Tenia la tez morena, satinada y animada por el mas seductor matiz rosado: sus ojos negros, dulces y alegres, estaban coronados y rodeados por unas cejas y pestañas de negra seda.

Su frente del corte mas gracioso, su delicada nariz, su fresca boca, acababan de prestar un encanto indefinible á aquella fisonomía vivaz y cándida á la vez.

Nada tenia tampoco su hábito de desagradable y austero, ni en su forma ni en su modo de llevarlo: su túnica de lana blanca se plegaba en la cintura, sujeta con una correa, cayendo despues en anchos y prolongados pliegues hasta doblarse en el pavimento: sobre la túnica le caia un escapulario, blanco tambien y de la misma tela.

Velaba su frente una toca de fina y blanquísima batista, que, envolviendo su cabeza, la cubria el pecho.

Un velo de crespon negro, prendido sobre la toca, la llegaba á la cintura y sobre su pecho brillaba un rosario de azabache del que pendian una imágen de Jesus crucificado y varias medallas de plata.

Las anchas mangas de su hábito, dejaban ver debajo otras ajustadas al brazo que llegaban hasta sus lindas y torneadas manos; y sus piés, no menos graciosos y pequeños, estaban calzados con una media de hilo blanquísima y un zapatito cerrado de cordoban negro y fino.

Tal era, físicamente considerada, mi tia María de los Angeles: su parte moral era aun mas bella: una alegría constante é inocente formaba la base principal de su carácter: una sonrisa perpétua moraba en sus labios: la pureza de su alma generosa y de sus sentimientos nobles se veia escrita en su agraciado semblante.

Su índole era dócil y flexible; así es que mi tia se prestaba con la mayor prontitud á ejer-

eer las tareas mas difíciles de la comunidad: era secretaria de la priora, estaba encargada del planchado de las ropas de la iglesia que desempeñaba con sumo primor, y era además maestra de educandas, pues su carácter dulce y firme á la vez, su talento y su hermoso corazon habia hecho que la priora la designase, como una de las mas á propósito, para tan difícil cargo.

Su celdita, blanca y alegre, era un nido de primores, como decian las demás religiosas: en la ventana, entoldada de enredaderas y mur-tas, cantaban, presos en jaulas de alambres y madera verde, dos colorines, dos canarios y dos verderoles: las seis jaulas colocadas simétricamente, estaban casi ocultas por el verde follaje esmaltado de campanillas blancas, azules y rosadas.

Frente á la ventana y á la izquierda de la puerta estaba su lecho, cuyas sábanas, almohadas y cobertor tenian una blancura deslumbradora: sobre la cabecera habia una pililla de agua bendita de loza blanca y azul.

Entre la ventana y el lecho se veía una mesita pequeña y, sobre ella, un lindo *Belem*: por si acaso ignorais, lectores míos, lo que es un *Belem* voy á esplicárolo.

Figuraos una urna de cristales de media vara en cuadro, cuyos cantos están unidos por medio de cintas de raso de color de rosa ó azules, uno de los lados sirve de puerta y para cerrarse tiene un pequeño broche dorado.

Dentro de esta urna se vé en miniatura el portal de Belem donde nació el niño Dios; pero formado de verde y aterciopelado musgo de flores artificiales, de talcos y lentejuelas.

El Belem de mi tia era un verdadero prodigio: el niño Jesus de cera y del tamaño de tres pulgadas era lindo sobretodo extremo: sus ojitos azules sonreian alegremente; y sus mejillas sonrosadas encantaban al que las miraba así como su boquita, en la cual el artista, por un descuido ó tal vez por hermosearlo mas, habia hecho asomar dos diminutos dientecillos.

Junto al niño, recostado en su pesebre de talco, se veia á la Virgen que le contemplaba con las manos juntas; y al otro lado, San José, con sus largas barbas blancas y su ramo florido, parecia imponer respeto á los tres reyes magos que estaban arrodillados á los pies del pesebre y cubiertos con magníficos trages de raso azul, amarillo y encarnado, bordados de lentejuelas.

Nada faltaba en el Belem: entre el musgo, salpicado de flores de batista, y los árboles que se veian á lo lejos, se divisaba el ángel sosteniendo en la mano un delgado alambre á cuyo extremo se estaba pegada una estrella de papel de

plata que daba frente á los tres reyes.

Los pastores iban bajando por las montañas de corcho, llevando para el niño Dios blancos corderitos, panales y leche; las pastoras llegaban con canastillos de flores; y el buey y la mula se veían junto á los reyes en la actitud mas pacífica y respetuosa.

¡Cuántas horas he pasado estasiada ante aquel piadoso juguete! Sus flores de talco, hechas por el rayo de alegre sol que penetraba por la ventana, eran mas preciosas para mí que lo sería hoy el mas soberbio ramillete de ricas piedras: aun en el día no puedo recordar sin enternecerme, su sencillez y pudoroso encanto.

Al otro lado de la ventana y frente á la puerta, se veía otra mesa, sobre la cual y rodeado de cortinas blancas de muselina, se elevaba un gran crucifijo de marfil entre dos candeleros de cristal: á los pies estaba colocado un busto de nuestra Señora de los Dolores, de una admirable belleza artística.

El espacio que quedaba en la pared y que hacia frente al lecho, entre la mesa y la puerta, estaba ocupado por una silla de madera blanca con asiento de anea verde, por un arca de madera nueva y por un gran cofre: el arca servía para guardar la ropa de cama y mesa de mi tía: el cofre encerraba sus hábitos y su ropa interior.

Junto á la cama habia otra silla; y el hueco de la ventana estaba ocupado por una silla baja para la costura, y por un bonito cesto de mimbreros que contenía su labor.

En una tabla pintada de verde y colocada en la pared, habia algunos volúmenes que contenían la vida de Santa Teresa de Jesus, las obras de la ilustre doctora, la vida de Santa Rita de Casia y la de Santa Catalina de Sena: aquella especie de estante dejaba aun sitio bastante para cuatro lindos jarritos de loza blanca llenos en todo tiempo de flores, pues en el jardín del convento no se acababan nunca.

Tres jarros mas se veían igualmente llenos de flores, dos de los cuales estaban colocados en la mesa-altar del crucifijo y el otro en la del Belem.

A los pies del lecho y en el rincón que hacia la ventana, habia una alfombra de loza blanca con flores azules: el pie, que era de madera blanca, sostenía un jarro igual, y todo estaba coronado por una toalla blanquísima con lista azul y pendiente de un clavo romano, cuya cabeza brillaba como una ascua de oro.

Tal era la celda de mi tía: nada he visto en mi vida mas encantador que aquel cuartito, blanco, risueño, embalsamado con el perfume

de las flores y alegre con los trinos de los pájaros que moraban en la ventana.

II.

El día mismo de mi entrada en Santa Rosa me entregó á mi tía la priora, no como sobrina suya, sino como educanda; me recomendó á ella como lo habia hecho á la entrada de otras, y se volvió á su celda.

La priora de Santa Rosa se elige cada tres años de entre las religiosas mas ancianas de la comunidad por la comunidad misma: de este modo son todos los rangos iguales en aquella dichosa casa; y las envidias, los rencores y las desavenencias no penetran jamás en sus muros.

¡Salud, albergue santo, donde pasé alegres las mejores horas de mi infancia! ¡Mansion tranquila y apacible, salud! Aun en este instante salta mi corazón de placer al trasportarme, en alas de mi imaginación, dentro de tus muros! Cuando pienso en tí, aun veo tus viejas puertas, tus ojivas ventanas y tus torres desiguales; y ante tan dulces recuerdos huye mi tristeza y siento dilatarse mi corazón!

Si alguna vez, lectores míos, pasáis por mi hermosa ciudad, id á ver el convento de Santa Rosa; no temáis entristeceros: los rumores del mundo no se estrellan en sus paredes; penetran dentro fácilmente, quedándose solo á la puerta cuanta perfidia y malignidad pudieran tener. Las virtuosas señoras y las candidas jóvenes que le habitan, creen á todas las madres buenas y piadosas; á todas las hijas amantes y sumisas; á todos los hermanos tiernos y cariñosos: los dolores, las faltas de la tierra no penetran allí, así como no penetra nunca la tristeza.

Cuando el sol de Aragon, ese sol tan radiante y hermoso sonríe en el azulado cielo, el interior del convento está alegre y placentero, porque sus rayos lo bañan y penetran á través de las anchurosas vidrieras; pero el día que la antorcha celeste está oculta entre blancas cortinas de nubes, aparece iluminado por una luz suave y apacible como el fulgor de la luna.

Oh! si en uno de esos días pudiérais entrar conmigo en su estenso y perfumado jardín! ¡Cómo se dilataría vuestro espíritu al mirar los viejos olmos y los seculares álamos que forman sus calles! ¡Qué contento transmitiría á vuestro corazón el canto de los pájaros! ¡Con qué placer miraríais correr á las jóvenes pensionistas en las horas de recreo!

Veríais junto al arroyo que, como una franja de plata, cruza y rodea el jardín, á una religiosa lavando su pañuelo de batista, mien-

tras otra corta las flores que han de adornar la iglesia, y en tanto que el hortelano canta la jota cavando las verduras.

Mas si entrárais en Santa Rosa en un día de estío admiraríais la frescura de los claustros; veríais abiertas todas las puertas de las celdas, cuyas ventanas están cubiertas de blanquísimas cortinas; encontraríais, en una palabra, verdor, flores y vegetación poderosa y lozana en el jardín; en el convento, tranquilidad y alegría, y un inesplicable perfume de pureza y santidad.

Ah! si pasais por mi ciudad querida, no dejéis de visitar el hermoso convento de Santa Rosa!

Mi tía me condujo á la habitación de las pensionistas, que constaba de una pieza muy espaciosa con muchas alcobas abiertas á lo largo de la pared en ambos lados de la sala: cada una de las alcobas estaba ocupada por una pensionista, ó por dos, si las moradoras eran hermanas.

La misma sala servia tambien para la labor: una mesa circular, con un mullido en su redor y muchos cajoncitos, nos servia de costurero y sostenia los cestillos de la costura: en el centro estaban colocados los bastidores de las que se dedicaban al bordado: y las niñas mas pequeñas hacian calceta junto á las directoras, que, como ya he dicho, lo era mi tía, y además otras dos religiosas de mediana edad y aspecto venerable.

Llamábase la una Sor Genoveva, y era una señora de unos cuarenta años, alta, esbelta y blanca como el alabastro: aun brillaban con dulce resplandor sus ojos grandes y azules, y su boca, de labios finos y rosados, conservaba una magnífica dentadura.

Sor Genoveva tenia una dignidad dulce, pero tan perfecta, que imponia un extraordinario respeto: nunca alzaba la voz ni para hablar ni para reprender: su primor para todo cuanto hacia era increíble: pero jamás trabajaba de prisa ni parecia fijar mucho su atención en lo que la ocupaba: sus manos, un tanto largas, blancas y diáfanas, se movian siempre con igualdad y sin apresuración.

Su alma, serena y purísima, estaba retratada en sus acciones y en toda su figura.

La otra directora se llamaba Sor Inés: era de alguna mas edad que mi tía y contaba dos á tres años menos que Sor Genoveva: su fisonomía marchita decia que su corazón habia sufrido mucho: en efecto, en el espacio de dos años, habia perdido á su esposo y á sus seis hijos, y no esperando ya ningun consuelo de un mundo, en el cual habia quedado sola, se aco-

gió al caustro porque en él vió su puerto de bonanza.

Sor Inés era pequeña de estatura y muy delgada; conocíase en sus facciones y en todos sus movimientos que era todo sentimiento y alma y que la materia constituia la menor parte de su ser: hablaba poco, pero con suma moderación y dulzura: su voz era un canto triste, y su sentido y melódico acento iba derecho al corazón de aquel á quien se dirigia.

Ya he hablado de mi tía que era la mas jóven de las tres directoras; la directora general del colegio era una anciana religiosa de carácter pacientísimo y tan amable ya que rara vez la hacian caso las pensionistas ni aun las sirvientas del convento: su nombre era Sor Josefa, y sus virtudes las de una santa.

Dos buenas y alegres muchachas se hallaban destinadas al servicio del colegio.

Además de la gran sala de labor y dormitorio, tenia el colegio un comedor, un cuarto para el aplanchado, y una cocina separada completamente de la de las religiosas.

El día que yo entré en Sta. Rosa habia treinta y dos pensionistas: mi tía y las otras dos directoras ocupaban tres alcobas de la gran sala, pero situada una en cada extremo, á fin de vigilar atentamente á las educandas: Sor Josefa dormia en su celda, pues su cargo estaba limitado á inspeccionar el colegio desde que amanecía hasta las diez de la noche, hora en que la campana tocaba á silencio.

III.

Al entrar en la sala de labor mis ojos se fijaron en una imagen de la Virgen, colocada en el testero principal: era una Purísima Concepción de talla y del tamaño natural, de una hermosura incomparable: las religiosas la habian vestido una túnica de seda blanca y un largo manto de terciopelo azul, regalo de mi abuelo materno, quien sastificia con el mas tierno amor todas las exigencias de su hija María de los Angeles.

—Siéntate aquí, hija mia, me dijo Sor Genoveva despues de haberme abrazado tiernamente y colocándome á sus piés en una sillita baja: hoy no trabajarás, pero mañana tu tía te dirá lo que tienes que hacer.

Yo guardé silencio y me senté doblando tristemente la cabeza.

Mi carácter era de esos que están llenos de tímido pero exagerado orgullo; yo casi nunca hablaba y desde luego nunca mostraba alegría.

La atención con que me miraban las pensionistas no me embarazaba en lo mas mini-

mo: ni siquiera echaba yo de ver que no estaba sola.

Yo llegué á las diez: á la una Sor Inés dió la orden para dejar la labor, y cada pensionista tomó su libro para estudiar su lección.

En un rincón de la sala divisé á dos niñas que se sentaron juntas y que leían en un mismo volumen; el espectáculo que ofrecían llamó mucho mi atención.

Estas niñas formaban el mas extraño contraste: parecían tener la misma edad; pero la una era cuatro dedos mas alta que la otra: ninguna de las dos pasaba de los ocho años.

La que sostenía el libro era la mas crecida: tenía la tez blanca como el nácar, los cabellos oscuros y los ojos azules: sus anchas y apretadas trenzas formaban lazadas lustrosas en derredor de su cabeza.

La otra era pequeña, endeble y enfermiza: estaba tullida de medio cuerpo abajo, y tenía que andar apoyada en dos muletas.

Su semblante era muy parecido al de su compañera; pero sus ojos estaban hundidos, y sus cabellos, lejos de ser tan abundantes como los de aquella, eran escasos y tan débiles como todo su cuerpo.

Hubo un momento en que, alzando la cabeza la niña que tenía el libro, vió que yo las miraba atentamente y se dirigió hácia mí.

—¿Quieres venir con nosotras? me dijo tomándome una mano.

Y viendo en mi silencio una señal de asentimiento, me llevó á donde estaba la pobre tullida: me la señaló con el dedo y me dijo:

—Esta niña es mi hermana y se llama Esperanza: yo me llamo Consuelo: y tú ¿cómo te llamas?

—María, respondí lacónicamente.

—Eres muy bonita, María; observó á su vez Esperanza: tus largos rizos rubios me recuerdan á mi hermanita Blanca que tiene tu misma estatura.

Una lágrima brilló al decir estas palabras en los tristes ojos de la pobre tullida; pero enjugándola al instante continuó:

—Consuelo y yo tenemos muñecas y juguetes, y nuestro papá nos trae dulces todos los domingos: ¿querrás jugar con nuestras muñecas y comer de nuestros dulces?

—No: respondí yo.

—Por qué?

—Porque las muñecas no me divierten y los dulces no me gustan.

—A comer, hijas; dijo Sor Josefa apareciendo en la puerta de la sala al mismo tiempo que el reloj del convento daba las dos.

Las pensionistas fueron saliendo de dos en

dos yendo delante las de mas edad, y colocándose en la larga mesa del comedor con sus maestras.

—Tú te sentarás entre Consuelo y Esperanza, hija mia, me dijo Sor Inés; he visto que hablábais en la sala de labor, y son dos buenas hermanitas que te querrán mucho y te enseñarán lo que debes hacer.

Al decir esto, me sirvió la sopa, haciendo luego lo mismo con las dos hermanas, y no bien las pensionistas tuvieron servido su plato, se pusieron todas á comer con el mejor apetito.

Empero yo no toqué á lo que tenía delante: viciado mi estómago desde hacia mucho tiempo, no podía tolerar ni aun la vista de aquella sana y succulenta sopa.

Cuando ya estaban todos los platos vacíos, me preguntó Sor Inés, que era la directora que estaba mas cerca de mí:

—Por qué no comes, María?

—Porque no me gusta esto, contesté.

La religiosa hizo una señal á una de las muchachas que servían la mesa, la cual retiró mi plato.

Ninguno de los platos que despues me presentaron pudo ser soportable siquiera á mi vista y me molestaba y admiraba á un mismo tiempo al ver que comiesen con tanto apetito las demás pensionistas.

En fin, yo dejé la mesa sin haber probado nada y sin que las religiosas hiciesen caso, al parecer, de mi inapetencia.

Las pensionistas se dirigieron al jardín en el cual tenían media hora de asueto ó de recreo: á mí me tomó de la mano Consuelo, y ambas seguimos á su hermana Esperanza.

Todas, sin distinción de edad, se pusieron á jugar: la pobre Esperanza, imposibilitada de correr y de saltar, se sentó á la orilla del arroyo y yo me coloqué á su lado dando así libertad á Consuelo para que se divirtiese con sus compañeras.

Esperanza me atraía con una simpatía tan extraña como poderosa: aquel ser, desgraciado desde antes de nacer, pues había costado la vida de su madre; aquel ser, digo, contrahecho, melancólico y débil, tenía para mí un encanto indecible á causa sin duda de la bondad y dulzura que se veían impresas en su fisonomía.

Consuelo y Esperanza eran gemelas y se amaban con la mayor ternura, aunque sus caracteres eran muy diversos. Consuelo era vivaz y alegre; su pobre hermana muy melancólica, efecto sin duda de su fatal organismo y del mal estado de su salud.

Las dos poseían un talento muy despejado y los mas bellos sentimientos.

No bien me senté á su lado, sacó Esperanza de su bolsillo un envoltorio y le abrió sobre sus rodillas, apareciendo algunos bollos y dulces entre papeles de seda.

—Toma, mi pobre María, me dijo; tú no has comido nada y no puedes pasar así hasta la hora de la merienda: come un poco de esto que tomé en mi alcoba para tí; pero no digas á nadie que te lo he dado porque me castigarían.

—Qué es castigar? pregunté yo admirada.

—Que me encerrarían en el cuarto oscuro y no me darian de merendar; así pues, cuando te den la merienda cómela toda, oyes?

—La comeré, contesté resueltamente.

Y me puse á comer uno de los bollos con mas apetito del que jamás habia sentido.

Cuando Esperanza vió que lo habia concluido, se pintó en sus facciones una satisfaccion indecible.

—¿Quieres que te lleve á ver el jardin? me preguntó.

Y habiendo yo hecho un signo afirmativo, se puso en pié, se apoyó en sus muletas y me dijo con triste sonrisa:

—Cójete á la falda de mi vestido, porque no tengo mano que darte.

Yo lo hice así, y dimos la vuelta al jardin, que era grande y muy hermoso: abrianse las flores, pues estábamos en los primeros dias de Abril, y el ambiente era tibio y embalsamado.

Lo que mas llamó mi atencion fué un bosquecillo de jóvenes álamos, á cuyo pié habian plantado las pensionistas alelías, capuchinas, pasionarias y suspiros, haciendo de aquel suelo un florido y delicioso jardinillo: en uno de sus ángulos, y medio oculta entre una espesa zarza y una corpulenta mata de toronjil, descubrí una especie de columna tosca y, al parecer, formada de granito: separé las ramas y apareció una escultura, pero tan cubierta de barro, de tierra y de verdin que no se conocia ni la cara ni ninguna de sus formas.

A los piés corria una fuentecilla rústica y cercada de flores y yerbas de olor, que las pensionistas habian sembrado en todo el bosque y que habian crecido allí con mucha fuerza, á causa de la humedad misma de la fuente.

—Qué es eso? pregunté á Esperanza y señalando la figura, ó mejor dicho, el bulto que se veia sobre el pedestal.

—No sé, me contestó: parece una muñeca: luego, mostrándome la fuente, añadió:

—Yo vengo á leer aquí, á la fuente de las flores. Querrás venir tú conmigo?

—Sí, la contesté; contigo vendré siempre.

IV.

La merienda que daban en el convento se componia, por fortuna mia, de frutas y pan; de otro modo no hubiera podido comer mi parte.

Despues de merendar se arrodillaron todas las pensionistas, rezaron el rosario y se fueron á acostar así que dieron las nueve.

A mí me destinaron una alcoba inmediata á la que ocupaban Consuelo y Esperanza, y esta última pidió permiso á las directoras para cuidar de mí, pues en Santa Rosa, cada una de las pensionistas mayores tenia á su cargo otra de las mas pequeñas.

Sin embargo, la edad de Esperanza era tan corta y tan desgraciado el estado de su salud, que su demanda sorprendió mucho á las directoras.

—Pero, hija mia, observó mi tia, tú estás enferma y necesitas que te cuide tu hermana, ¿cómo has de cuidar tú de María?

—Yo prometo cuidarla muy bien, señora; contestó la pobre tullida; la vestiré, la peinare, arreglaré su lecho y su alcoba, y de ese modo me distraeré.

—Lo que no pueda hacer Esperanza con María, lo haré yo, añadió Consuelo.

—Sea como querais, dijo mi tia; pero, sobre todo, sed buenas amigas.

Dicho esto, nos besó á las tres y salió de mi alcoba dirigiéndose á la suya.

Esperanza me desnudó, dobló cuidadosamente mis vestidos, y envolviéndome en una bata de dormir, me hizo arrodillar delante de un reclinatorio y rezar algunas oraciones que me fué recitando; despues que me dejó acostada y bien arropada, se retiró con su hermana á la alcoba inmediata.

Esta, como la mia y como todas las demás, contenia un lecho rodeado de cortinas blancas; un reclinatorio coronado por un crucifijo de talla y que tenia delante un almohadon de lana para arrodillarse; un armario para guardar los vestidos y la ropa blanca; una mesita, sobre la cual habia un pequeño tocador y un estuche de aseo; una aljofaina de metal con un jarro de laton y pié de madera verde, y una mesilla para poner los vestidos al acostarnos.

Las de las directoras estaban amuebladas del mismo modo, con la sola escepcion de tener en vez de un armario para la ropa, un arcon de encina.

Al dia siguiente, y no bien rayaba la luz del alba, entró Esperanza en mi alcoba, puso sus muletas junto á mi lecho y me vistió; luego me lavó con cuidado, recogió en dos trenzas mis

largos rizos y me colocó delante del espejo.

¡Cuán extraña me pareció mi figura con el traje de las pensionistas!

Componíase este de un vestido negro, de lana en todo tiempo, de un delantalillo y de una pañoletablanca, de linó en verano, que se sustituía en invierno con otra de muselina tupida: los cabellos, recogidos en dos trenzas, y estaban sujetos con un lazo blanco en cada uno de sus extremos.

Este traje, tan pobre y sencillo, contrastaba tanto con los lujosos vestidos y adornos á que yo estaba acostumbrada, que mi pequeña figura me pareció extraordinariamente fea.

—Pobrecita! qué descolorida estás! dijo Esperanza señalándome y dirigiéndose á su hermana que entraba en aquel momento en mi alcoba.

—Puede ser que no haya dormido bien, observó Consuelo: ¿has dormido? continuó tomándome la mano.

—No, contesté yo: no he dormido en toda la noche.

—La pobre va á pasar ahora muy mal rato, dijo Consuelo.

Y saliendo las tres á la sala donde ya estaban las demás pensionistas, nos fuimos todas juntas al coro para oír misa y rezar las oraciones de la mañana.

Las tres directoras se arrodillaron á la cabeza de las pensionistas, y mi tía se colocó detrás de mí temerosa que, fatigada del rezo, llorase ó quisiera salir del coro. Esperanza se arrodilló á mi lado.

Comenzóse el santo sacrificio de la misa: mas contra lo que todas esperaban, yo crucé las manos y empecé á rezar en voz baja mirando atentamente al sacerdote.

Cuando tres horas despues se acabaron los oficios divinos hubo que llamarme, pues aun permanecía absorta en la misma postura.

Desde el coro fuimos á desayunarnos y el resto de la mañana hasta la hora de la comida se pasó como el día anterior.

Al levantarnos de la mesa Esperanza me dijo que me agarrase á su vestido, y bajamos al jardín dirigiéndonos al bosquecillo en que estaba la fuente de las flores.

—¿Vamos á lavar la cara á esa figura que parece una muñeca? dije á Esperanza señalando la vieja y sucia estatua que coronaba la poética y humilde fuente.

La niña hizo una señal alegre y afirmativa y humedeciendo mi pañuelo, empecé á frotar lo que parecía la cara de aquella figura.

No tardó en mancharse de barro todo el pañuelo sin conseguir aclarar aquella masa informe: entonces Esperanza acudió al suyo y

comenzó á frotar con nuevo ardor.

Por fin se aclaró la parte superior de la cabeza, y aparecieron como dos estrellas á través de una opaca nube, dos ojos oscuros y de una belleza incomparable; despues se descubrió una frente de un dibujo perfecto y sombreada por cabellos castaños; y acabando de frotar Esperanza con su delantal, vimos la cabeza mas bella que un escultor ha podido formar.

Cuando teníamos sucios de tierra y verdin nuestros pañuelos, nuestros delantales y nuestras pañoletas, que tambien nos habíamos quitado, Esperanza salió del jardín con tanta ligereza como lo permitian sus muletas, y volvió poco despues con su toalla y la mia, que empleó sucesivamente en concluir de limpiar la pequeña y admirable estatua.

¡Cuán bella y adorable apareció la madre de Dios bajo la sombría verdura de los álamos del bosque!

Esperanza dió mil gritos de alegría llamando á las religiosas y pensionistas que vagaban por el jardín, y que acudieron al instante lanzando exclamaciones de gozo y de admiración al ver la preciosa escultura.

—A María se le ocurrió la idea de lavar á la Virgen, dijo Esperanza queriendo darme la parte mayor del triunfo.

—Esperanza la lavó; yo no alcanzaba.... contesté, penetrando la grandeza y generosidad de la pobre tullida.

—Bien, bien, hijas mías; dijo Sor Inés abrazándonos cariñosamente: ambas habeis tenido parte en descubrir esta inestimable joya, que la culpable indiferencia de personas de mas edad tenia abandonada y desconocida: por tanto, y en recompensa del mérito que habeis contraído, á vosotras dos encargamos el cuidado de esta primorosa imágen: tú, Esperanza, dispon lo que quieras para su adorno; y tú, María, cortarás todos los días dos ramos de flores para adornar su pedestal.

—Vamos, continuó la buena señora, vamos, Esperanza, no mires con temor los pañuelos, pañoletas y delantales que has echado á perder para lavar la imágen, pues todo se debe á la madre de Dios, y no podían tener esas prendas un uso mejor.

—Esa Virgen se llamará *María, madre de Esperanza*, añadió mi tía: de este modo esta pobrecita sin madre la tendrá desde hoy.

—Y yo, señora? exclamó Consuelo con los ojos arrasados de lágrimas; yo tampoco tengo madre!....

—Se llamará, pues, *María, madre de Esperanza y de Consuelo*, y así será protectora de las tres.

Luego, volviéndose á las otras pensionistas que se agrupaban enternecidas á la entrada del bosquecillo, añadió:

—La Virgen es madre vuestra tambien, hijas mías; ella protege á todas las niñas que la aman; rezadla ahora una salve en muestra de vuestro amor.

Las tres religiosas se arrodillaron, imitándolas todas las pensionistas, y su dulcísima y sencilla plegaria se perdió entre los árboles del bosque y en las brisas de la tarde.

V.

Desde aquel día fuí yo feliz: mi amor á aquella imájen tomó una intensidad estraña y un carácter tiernísimo: mi madre me envió sin tardanza dos jarros de porcelana que la pedí para colocar las flores que habia de poner á sus piés.

Esperanza sembró á la espalda de la escultura enredaderas, murtas y madre-selvas, y el hortelano las fué sujetando á delgadas cañas conforme iban creciendo, formando bien pronto un dosel de trasparente verdura, pues ya se sabe que estas plantas crecen y se hacen frondosas en muy poco tiempo.

Este fué todo el adorno que ofrecimos á nuestra querida imájen: cuando llegó Mayo la tejíamos todas las tardes tres coronas de rosas y azucenas, que suspendíamos sobre su cabeza de los vástagos de las murtas ó de las ramas de los árboles.

Ante aquella imájen iba yo todas las tardes á meditar, ó por mejor decir, á soñar despierta; y en las noches de estío, mientras mis compañeras corrian á la luz de la luna ó jugaban formando grupos, me sentaba yo junto á la fuente de las flores y conversaba mentalmente con aquella amable Señora, que me miraba siempre sonriendo con infinita dulzura.

Oh! sí, creedme, niñas que leéis lo que aquí dejo consignado. Mi primer amor, mi amistad primera, fué la Virgen: á los piés de aquella imájen se aclaró mi cerebro y se desentumeció mi corazon: muchas veces me quedaba dormida apoyando mi brazo en la fuente y la cabeza en el brazo, á los piés de la sagrada imájen; muchas veces fuí á llorar ante su pedestal esas vagas melancolías que las almas demasiado tiernas sienten en su niñez, y bien podeis convenceros de que son una verdad estos dos versos, que ocupan un lugar en el cántico á *María*, que hace poco dí á luz:

Y fuí, bajo los plieges de tu manto,
A verter el raudal del primer llanto.

Esperanza me acompañaba casi siempre á la

fuelle de las flores: privada, por el deplorable estado de su salud, de tomar parte en los tumultuosos juegos de las demás pensionistas, se refugiaba como yo al lado de *su madre*, que era así como ella llamaba á la imájen de la fuente: limpiábala con esmero, pulia los colores blanco y azul de su túnica y manto, y cuando los últimos días del otoño nos anunciaron la proximidad del invierno, pidió á su padre que la mandase construir un aparato de hule para preservar á la escultura de las lluvias y escarchas.

Su buen padre, ansioso de complacerla, envió al instante al convento á una costurera con algunas piezas de hule, y con la cooperacion del carpintero, bien pronto tuvo nuestra amada imájen una linda y ligera capilla.

Mi madre añadió una elegante puerta de red de alambre dorado y fino, engastada en un bonito marco, y la escultura quedó completamente á cubierto de todos los accidentes de la intemperie.

Consuelo nos acompañaba á la fuente raras veces: su índole turbulenta y viva, la exuberancia de su salud, y su corazon mucho menos sensible y tierno que el de su hermana, la aconsejaban otra clase de distracciones, verdaderamente mas propias de su edad.

Esperanza y yo formábamos como un solo ser: su ingenio, desgraciadamente harto avanzado para sus años, la hacia discurrir lo que mi tierna edad no me permitia que alcanzase: la poesía, que ya brotaba como un torrente impetuoso de mi alma, se comunicaba á la suya y la proporcionaba goces, inconcebibles para otro ser fuerte y feliz, pero que para ella tenian dulzuras inefables.

Porque la poesía, lectores míos, como he dicho ya en otros escritos, no consiste solo en saber hacer versos: el poeta ve todas las cosas bajo un prisma muy distinto que todos los demás; goza con la vista de un rayo de sol; es feliz mirando la luna; y el perfume de una flor revela á su alma sensaciones íntimas y deliciosas que en vano intentaria explicar, y que quizá ni aun sabria comprender la multitud que le rodea.

¡Feliz el que vive bajo la influencia del encanto de la poesía! Es verdad que el instinto poético es inseparable de una exquisita sensibilidad, y que esta está reputada por un mal; pero si el ser sensible padece por cosas que pasan desapercibidas para la muchedumbre, ¡cuántos goces tiene tambien como antes dije!

Ah! lo único que aproxima hácia Dios á nuestra pobre y débil naturaleza son las fuentes del sentimiento; y Dios, al formar el alma de un poeta, debe decir, dice sin duda:

"Goza en tu breve vida, por intuición si- quiera, una parte de las delicias que yo reser- vo en la gloria á mis escogidos! Sé un refle- jo de mi poder, de mi bondad, y embellece, haz feliz á cuanto te rodea, aunque tú sufras por todos!"

VI.

Mi salud, que se alteró de nuevo y mas pro- fundamente que nunca, hizo que mis padres me sacaran del convento por algun tiempo.

Al entrar de nuevo en la casa paterna, sa- lió á recibirme un hermano á quien no co- nocía.

A su vista quedé asombrada.

—Mira á José, hija mia, me dijo mi ma- dre: tú no le conocías: sin embargo, nació solo un año despues que tú, pero su nodriza le lle- vó á su pueblo de donde solo hace tres dias que le ha traído.

José me abrazó, y aunque solo contaba cin- co años, una lágrima de enternecimiento bri- lló en sus grandes ojos: era tan hermoso de rostro que no recuerdo haber visto despues mas perfecta belleza; mas su pobre cuerpo es- taba entumido del mismo modo que el de Es- peranza, y como ella, andaba con muletas á pe- sar de su corta edad.

Desde el primer día nos cobramos un mú- tuo y tiernísimo cariño; y deseando que par- ticipase de mi dicha mi amada Esperanza, pe- dí á mi madre que la enviase á buscar, lo cual verificó al instante.

¡Con qué gozo la recibimos José y yo! Su padre, que era muy amigo del nuestro, trajo el beneplácito de las religiosas para dejarla en nuestra compañía hasta que, estando yo bue- na, pudiésemos volver las dos; y tanto José como nosotras recibimos esta nueva con la ma- yor alegría.

Solo echábamos de menos á nuestra queri- da imájen y á Consuelo, á quien amábamos tiernísimamente; pero mi buena madre mi- noró nuestra pena en cuanto la fué posible, comprando una imájen de la Virgen y colo- cándola en un nicho que hizo abrir en la pa- red de una larga y sombría galería que daba vuelta á toda la casa.

¡Cuán feliz era yo entonces entre el cariño de mis padres, el de mi hermano y el de mi amiga! La mujer ha sido criada para vivir de amor entre las paredes de su hogar, y ella misma puede formarse, sea cualquiera su edad ó posición, una atmósfera á la cual no pueden llegar las asechanzas del mundo!

Nada logra la rebajada sociedad contra el encanto de los sentimientos del corazón y del

alma, cuando los unos son tiernos, el otro sen- sible y la última poética y elevada!

FIN DE LA PÁGINA TERCERA.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

Del punto de tul.

39. En cuanto á este, ya hemos visto co- mo se hace, segun el diverso modo de comen- zarle, producirá puntos á lo largo, á lo ancho ó en bias; este último modo es el preferible. Antes de comenzarle es preciso considerar en que sentido ha de ponerse la tela bordada.

Del punto rayado.

40. Este punto es una mezcla de dos lí- neas ó filas de mallas ó puntos, y de otras dos de *alfileritos*, debiendo ser primero aquellas. Aquí es necesario que estén algo separados, y que los *alfileritos* por el contrario, estén apro- ximados á fin de que produzca mejor la oposi- ción. Tanto este punto como la mayor parte de los otros, deberán hacerse al hilo de la tela, es decir, en el sentido de los hilos que atraviesan la tela de una orilla á otra.

Del punto de cordón.

41. Este es el mismo que en el precedente, sin otra diferencia que la de pasar y repasar al- godon fino sobre la línea que forma las dos fi- las de puntos entre los *alfileres* (fig. 66, f. 322.)

Punto de molinillo.

42. Le hay de molinillo *doble* y tambien le hay *sencillo*, y ambos exigen un agujero re- dondo. El segundo se hace con puntos pro- longados colocados en el círculo, que se pasan y *bajan* dos veces, y se le asegura repasando la aguja en la primera malla. El *doble* es este mismo añadiéndose una fila circular de *alfile- ritos*.

Punto bordado al hilo.

43. Se hacen alternativamente tres filas de puntos y dos de *alfileritos* hasta llenar el agu- jero ó hueco dejado por la bordadora y luego

se asegura el punto y se corta el hilo. Préndese la aguja en el cordoncillo al nivel de la línea formada por la segunda fila de puntos, pasando á la primera de la derecha como al *bajar*, y parando en la primera *barreta*, se meterá la aguja por debajo de las dos presillas del punto que sigue, de manera que abrace toda la altura que media entre ambas presillas. Esta maniobra debe repetirse hasta que haya producido un cuadrito apretado ó espeso y saliente que cubra la *barretilla* y una parte del punto, cuidando de no apretar mucho el hilo al pasarle por bajo de las dos presillas y aflojarle siempre que haya que pasar. Concluido el punto de bordado, se baja el punto para asegurarlo, se deja la *barreta* siguiente sin bordar, y se comienza la tercera del modo que acabamos de explicar, y este trabajo habrá de repetirse en la misma forma en medio de las otras tres filas de puntos que quedan separadas por las de alfileritos. Es menester que el calado sea demasiado ancho para que estas seis filas y sus alfileritos no basten á llenarle.

Del punto bordado en bies.

44. Luego que se haya hecho un *punto rayado*, cuya esplicacion hemos dado arriba (párrafo 40), se fijará la aguja á derecha, enfrente de la línea de las dos filas de puntos, línea que se halla formada por las pequeñas onditas casi imperceptibles de las presillas que median de una *barreta* á otra, y por la *barreta* superior que corta la presilla entre las dos barras. Sobre estas onditas se ha de hacer el bordado, por lo cual exige mucha atencion. Pásase la aguja por debajo de la parte pequeña de bies formada entre la barra del punto superior y la de la inferior colocada un poco mas hácia la izquierda (fig. 67, f. 322), cuya parte de bies se abraza por encima y por debajo. Repitiendo esta maniobra dos, tres ó cuatro veces, segun la magnitud de los puntos, dará un punto calado en bies, en seguida se *baja* sobre lo restante de la presilla, sacando la aguja mas allá de la *barreta* siguiente y se vuelve á comenzar en la primera parte de bies, y del mismo modo se borda la línea de las otras dos filas de puntos.

Del punto rayado á punto de calado.

45. Hágase desde luego dos líneas de alfileritos y en seguida sobrepóngase con otra de dichos puntos calados colocados á iguales distancias, pero poco distantes entre sí; vuélvanse á principiar los alfileritos y otra vez los puntos calados y sígase así alternativamente hasta que se termine el calado.

46. Si se quiere que salga mas lindo este punto podrán echarse dos filas de puntos calados, volviendo á coger para la segunda en las presillas de la primera, de manera que cada punto calado de esta segunda fila corresponda al intervalo comprendido entre los dos puntos de calado inferiores. Estas dos líneas y la de alfileres alternan segun he esplicado.

Del punto llamado ojo de perdiz.

47. Hácense á un extremo del cordoncillo dos alfileritos, otros dos en medio, y otros á la otra estremidad. Se *baja* en seguida tres ó cuatro veces sobre cada una de las presillas que habrán resultado de esta operacion, y despues se hacen dos filas de alfileritos sobre estas grandes presillas; en seguida se forman dos alfileres en medio de cada una, de suerte que apareadas se crucen con las precedentes (fig. 68, f. 322). Vuélvense á comenzar dos filas de alfileritos, despues tres pares de estos como en la primera, y así sucesivamente, y estos alfileres pareados comunicarán á las filas una aguja inclinada bastante agradable á la vista.

Del punto á punto de calado cruzado.

48. Despues de los dos ó tres primeros puntos de la primera fila del calado conforme al ancho (supongo ahora que tenga tres), se hará un punto de calado, y luego otros muchos puntos, un punto de calado y otros tres puntos ó mallas. A la segunda fila se sustituye el punto de calado á la malla segunda, en la tercera fila á la cuarta malla ó punto, en la cuarta fila á la segunda ó tercera malla como en la primera, y esto producirá varios cuadritos. Cuando ya se haya hecho dos filas de puntos y aunque no sea sino una, se comienza otro cuadro entre los dos precedentes. Para hacer esto seria muy conveniente tener por debajo del punto de calado un dibujo de dichos cuadritos, especialmente para las principiantas y para las que no hacen esta labor sino de muy tarde en tarde.

Del punto de estrella.

49. Es menester que el agujero ó hueco en que se haga este calado sea redondo, y entonces se hace una fila doble de alfileritos todo al rededor, y á cada cuatro, seis ó siete alfileres se hará un punto de *calado* prolongado. En seguida se *bajan* estos puntos, y se vuelve á comenzar otra fila doble de alfileres; de este modo se vá continuando hasta que el círculo esté bastante apretado y entonces se *acaba* con cua-

tro puntos de calado cruzados. Este punto es muy bonito cuando está bien hecho, pero lleva mucho tiempo.

(Se continuará.)

LA PRIMERA VERBENA.

La primera verbena
que Dios envía
es la de San Antonio
de la Florida.

I.

Entre flores y ramas
tienes tu ermita,
glorioso San Antonio
de la Florida:
ramas y flores
te dan, Santo bendito,
tu dulce nombre!

Bien haya el arquitecto
que edificara
tu templo entre las flores
y entre las ramas;
hermoso emblema
del patron de los niños
y las doncellas!—

Tras las floridas lomas
de Sumas-aguas
se hunde el sol entre nubes
de oro y de nácar;
su luz postrera
brilla en el santo muro
de la Almudena!—

Siempre que el sol se esconde,
Virgen María,
melancólica y triste
queda tu villa...
santa Patrona!
que el sol para tu villa
nunca se esconda!—

Sobre el dorado alcázar
que el cerro ocupa
vertiendo resplandores
sale la luna,
y en las tranquilas
ondas del Manzanares
sus rayos brillan.

Repican las campanas
de San Antonio,
todos los corazones
laten de gozo:
todos los labios
publican de las almas
el entusiasmo.

Ya bajan por la cuesta
de San Vicente
doncellas y mancebos
cantando alegres;
ya el pueblo invade
la florida ribera
del Manzanares.

Virgen de la Almudena,
santa Patrona!
que la luna esta noche

su luz no esconda,
pues ilumina
la primera verbena
que Dios envía!

II.

¡Oh qué azul es el cielo
de nuestra patria!
Azul como tus ojos,
niña del alma,
virgen hermosa,
débil enredadera
que en mí te apoyas!

¡Oh qué serenas brillan
luna y estrellas!
¡Qué bien huelen las flores
de la pradera!
¡Qué perfumadas
á refrescar mi frente
vienen las auras!

Gloria al Señor que puso
mi pobre cuna
donde hay estas estrellas,
y hay esta luna,
y hay estas flores,
y hay estas dulces auras,
y hay estas noches!

Todos se regocijan
en la verbena,
todos, mozos y ancianos,
varones y hembras,
cantan y bailan,
comen, beben y rien
y de amor tratan.

Para tratar de amores
unos anhelan
las misteriosas sombras
de la arboleda:
los otros buscan
las praderas en donde
brilla la luna.

Y en el prado florido
ó en la arboleda,
á la luz de la luna
ó en las tinieblas,
¡qué bien, Dios Santo,
se comprenden los pechos
enamorados!—

El Oriente se inunda
de resplandores,
estrellas y luceros
su luz esconden;
las aves cantan,
aquí suenan clarines,
allí campanas.

Y por ver los encantos
de la ribera,
y escuchar los cantares
que en ella suenan,
los moradores
del alcázar se asoman
á los balcones.

¡Oh qué hermosa es la vida,
pues la engalana
cada veinticuatro horas
una alborada!
¡Oh si tuviera
cada veinticuatro horas
una verbena!

III.

Repican las campanas
de San Antonio,
el templo abre sus puertas
á los devotos....
¡Bendito sea
el patron de los niños
y las doncellas!

De agradecidas madres
son donativo
esas flores que adornan
el santo niño;
el niño hermoso
que sonríe en los brazos
de San Antonio.

Y en el altar pusieron
esas guirnaldas
las tiernas doncellitas
enamoradas;
que al Santo deben
el ver correspondido
su amor ardiente.

¿Veis esa hermosa jóven
que llega al templo
conduciendo en sus brazos
un ángel bello?
Pues es la madre
con quien todas las noches
sueña ese ángel;

Y á cumplir viene un voto
que al Santo hizo
estando moribundo
su dulce hijo;
sin esperanza
viendo al fruto bendito
de sus entrañas!

¿Veis esa hermosa virgen
cuya mejilla
se pone colorada
cuando la miran?
¿que al altar llega
cargadita de rosas
y de azucenas?

Pues sabed que en la villa
cuentan que un voto
hizo al Santo bendito
si hallaba novio;
y desde entónces
vá un mancebo á su reja
muerto de amores.

Hijos de la armonía,
nobles hermanos,
ofrenda de cantores
traed al Santo;
que hoy es la fiesta
del patron de los niños
y las doncellas.

ANTONIO DE TRUEBA.

A LA ORILLA DEL ARROYO.

I.

Una mañana de mayo,
una mañana muy fresca,

entréme por estos valles,
entréme por estas vegas.
Cantaban los pajaritos,
olian las azucenas,
eran azules los cielos
y claras las fuentes eran.
Junto á un arroyo mas claro
que un espejo de Venecia,
hallara una pastorcica,
una partorcica bella.
Azules eran sus ojos,
dorada su cabellera,
sus mejillas como rosas
y sus dientes como perlas.
Quince años no mas tendria
y daba placer el verla
*lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.*

II.

—Pastorcica de mis ojos,
admirado la dijera,
Dios te guarde por hermosa;
bien te lavas, bien te peinas.
Aquí te traigo estas flores
cogidas en la pradera:
sin ellas estás hermosa,
y estaráslo mas con ellas.
—No me placen, mancebico,
respondióme la doncella,
no me placen, que me bastan
las flores que Dios me diera.
—¿Quién te dice que las tienes?
Quién te dice que eres bella?
—Me lo dicen los zagales
y las fuentes de estas vegas.—
Así habló la pastorcica
entre enojada y risueña,
*lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.*

III.

—Si no te placen las flores
vente conmigo siquiera,
y allá, bajo las encinas,
sentadicos en la yerba
contaréte muchos cuentos,
contaréte cosas buenas.
—Pues eso menos me place,
porque el cura de la aldea
no quiere que con mancebos
vayan al campo doncellas.—
Tal dijo la pastorcica
y no pude convencerla
con estas y otras razones,
con estas y otras promesas.
Partíme desconsolado
y prorumpiendo en querellas,
lloré por la pastorcica
que sin darme otra respuesta
siguió á orilla del arroyo
entre enojada y contenta
*lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.*

IV.

Fuíme por aquellos valles,
fuíme por aquellas vegas,

mas... ¡mi corazón estaba
muriéndose de tristeza,
que odiosas me eran las flores
y odiosas las fuentes me eran.
Torné junto al arroyuelo
donde á la doncella viera...
El arroyo encontré al punto,
mas no encontré la doncella.
Pasaron días y días
y hasta semanas enteras,
y yo no paso ninguna
sin que al arroyo no vuelva;
pero ay! que la pastorcica
mis ojos allí no encuentran
*lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas!*

ANTONIO DE TRUEBA.

DEL ARTE.

Les arts comme les sciences sont la
prosperité commun du genre humain.

MERCEY.

Hay un oasis en el desierto de la vida, la *belleza*; un faro en el océano del pensamiento, la *verdad*; un puerto en las borrascas de las pasiones, el *bien*: divina trinidad que preside nuestro destino, y que representando las categorías de Dios, viene á reasumirse en la unidad sublime del ser, porque lo bello, lo bueno y lo verdadero son la sola y triple manifestación de la suprema esencia. ¿Quién concibe una belleza inmoral, una verdad mala, un bien falso? ¿Quién puede concebir un Dios diablo, un sol cástico? Quien concibiera un Dios feo, falso ó depravado arrugaría el rostro; torcería el pensamiento; depravaría su corazón; destruiría la humanidad. Tal es la inviolable unidad, la divina armonía que preside á nuestras aspiraciones y á las manifestaciones del Eterno.

Dios, que señaló al océano una valla insuperable en la leve arena de sus playas; que abrió cauce á los ríos y elevó los montes al cielo para mostrar el origen y destino de la tierra; que arrojó los mundos al espacio y ocupó el vacío; Dios que comunicó el soplo de la vida desde el mineral, petrificación del éter, al hombre, fuego candente inflamado por la chispa del infinito en el organismo de la naturaleza; ungió de sacerdote á la humanidad, y la ofreció un altar, el universo; una víctima, la materia. El hombre inmoló su sacrificio, y del holocausto nacieron las ciencias y las artes. Sí: el hombre al crear las ciencias y realizar el arte cumple su destino: mediador entre Dios y la naturaleza, llevando en su espíritu el infinito, en su cuerpo la materia, en la

vida la armonía sublime, tanto puede elevarse al cielo como posarse en la tierra: realiza sus fines en el tiempo, teniendo su aspiración y su destino en la eternidad.

La ciencia, el arte: hé aquí el fruto del espíritu; una y otro completan la idealidad humana, que no puede comprenderse separándolos: la historia de la humanidad no puede ser completa sino generalizándose. La razón, la imaginación, hé aquí las dos facultades que hacen del hombre una esencialidad inteligente y creadora; la razón, destello de la omnisciencia divina, sondea los abismos del infinito, los arcanos de la naturaleza, como las esterioridades de la materia; y, ora posándose en su abstracción en una idea absoluta, la encarna y germina en la creación; ora elevándose á las regiones de causalidad, produce en sus elucubraciones la ciencia, y deja en su peregrinación la huella del pensamiento, estrella que la guía en la senda del saber. En esto, el espíritu reconcentrado en sí mismo se eleva sobre el tiempo y el espacio, mecándose en la región del infinito. Tal es la esencia de la ciencia, estar por cima de las realidades materiales, á que los racionales dan vida; y el hombre, como por una tendencia divina á su celeste patria, no mira la tierra sino después de haber admirado el cielo.

La razón en este terreno percibe la verdad; y como el espíritu pasa de potencia á acto, por la vía del progreso, que necesita formas, manifiesta en el espacio la idea que tiene en la conciencia: la bondad es la verdad practicada; la belleza es la verdad manifestada en una forma sensible, la bondad representada, la perfección visible. La inteligencia percibe la verdad; la voluntad produce lo bueno por el pensamiento que la impulsa: querer es pensar, y no hay hecho sin idea, así como toda idea en la conciencia es una realidad en el espacio. La belleza no es una idea simple sino compuesta, compleja, pudiéramos llamarla arquetipo: la inteligencia no la percibe sola; la voluntad no la produce por sí; la sensibilidad, la inteligencia, la voluntad se interesan en la idea de lo bello; y la imaginación, la fantasía, chispas caídas del eterno poeta produce la belleza. La belleza es imposible comprenderla sin sentirla, sentirla sin comprenderla.—La ciencia es el pedestal de la verdad; el arte de la belleza: la ciencia abstrae y generaliza; el arte efectúa y concreta: aquella de varios héroes saca la idea del heroísmo; este encarna la idea en una persona con nombre y existencia; para aquella la idea es el fin, para este el medio de la belleza.

El arte, en su desarrollo, difiere también

esencialmente de la ciencia: sus evoluciones sin ser opuestas, como se ha pretendido, no tienen el mismo carácter de certidumbre, ni la misma continuidad progresiva. Lo adquirido en la ciencia es la propiedad segura del porvenir; la experiencia de los padres es el legado de los hijos; en las artes la conquista del pasado no es jamás segura; se pierde ó se olvida. (La razon de esto es, que lo constitutivo de la ciencia es saber, y del arte errar). La historia lo prueba. Roma heredó á Grecia; sus ciencias y filosofía pasaron al capitolio aunque en pálido reflejo; pero las artes murieron en el pueblo rey; y su idea valerosa, civil y guerrera solo llegó á ser un progreso en el arte, cuando fué confirmada con el ambiente artístico de Grecia.

El arte es una manifestacion del espíritu humano, una espresion de la unidad y la armonía que preside al antagonismo de la vida, un símbolo del orden que reina en el universo y que indica un Ser Supremo, causa de la música divina que Pitágoras sentía en el movimiento de los astros. El arte produce y mantiene en el espíritu del hombre los sentimientos elevados que le preservan de ese espíritu estrecho que estima solo el valor de las cosas en su utilidad inmediata. Las bellas artes son en ciertas épocas las solas vivas protestas contra el materialismo que amenaza destruirlo todo, desde la religion á la familia. Toscas y sensibles acompañan la cuna de los pueblos; en su florecimiento filigranan las escenas de la naturaleza con el ardiente colorido de la fantasía, y en la decadencia se debilitan, y pierden su espontánea inspiracion como las razas que se confunden y destruyen.

Lessing y Winchelman, admitiendo la existencia del arte como un hecho accidental dependiente, histórico, desconocen que su falta seria la negacion del espíritu, negacion que conduce necesariamente á la de Dios como divino artista, y á la del Eterno como infinito en pensamiento y obra. El abate Andres y Betteen reconocen un principio absoluto del arte; Burke sustituye el sentimiento del terror al de lo bello; Fichte, con su célebre y mal apreciada teoría del *yo* y del *no-yo*, abre el camino á los Schlegel, Tuche y Noralis que, explicando el arte por las ideas de aquel, atribuyen su origen á la tendencia de crear una realidad conforme al idealismo, desmintiendo así el dualismo humano, y adoptando una identidad absoluta del mundo real é ideal cuya espresion es el arte, que segun Schelling y Hegel, lo mismo que la religion y la ciencia, debe considerarse como un resultado necesario del espíritu humano, cuya evolucion está so-

metida á leyes inmutables y al ritmo lógico del pensamiento.

Todo, pues, en medio de la tendencia sistemática, universalizadora y armónica que caracteriza á nuestro siglo, confirma nuestro juicio, de que el hombre está unido por una cuerda misteriosa al infinito; que la luz eterna preside á nuestro espíritu; y que cruzando con esta chispa celestial por el panorama del Universo en la sucesion acompasada de los siglos, batimos nuestras alas con el norte fijo del destino; y en las evoluciones de nuestra carrera, aspiramos el aire de dos mundos que sintetizamos en la evocacion de nuestras creaciones artísticas. En la mas elevada region del pensamiento concebimos la belleza; el bien y la verdad en una sola esencia, que dá vida y espresion á la múltiple forma que solo puede apreciar y percibir los sentidos.

El siglo XIX, despojándose del exclusivismo ateo que caracterizaba al pasado, ocasionando la estertórea convulsion de todos los elementos sociales, y vistiéndose la púrpura de la esperanza, abraza la vida con fé, y produce con inspiracion. Las bellas artes parece que hacen un punto de reposo, no de otro modo que el viagero que al atravesar el desierto se sienta á orillas de un oasis porque tiene quemado el pié de pisar tanta arena. Vé en lontananza la tierra de promision; quiere despojarse de las viejas vestiduras de la preocupacion, y purificarse en el holocausto de su trabajo para elevar á Dios el himno de su grandeza, y de la dignidad del hombre. Define las esferas de la vida; las emancipa y regulariza como el sabio general que pasa revista á sus tropas para aperebirlas al combate; las vivifica y asocia como partes de un todo bello y bueno en sí. Tal es el espíritu del siglo, soplo de la Providencia que no abandona la historia, agente misterioso del progreso, que crea la electricidad para que el hombre invente el telégrafo; que le dá un bello ideal para que realice la belleza; que dá la razon para que halle la verdad; la libertad para que obre el bien en armonía con el perfeccionamiento y regeneracion humana.

Así va pasando el arte por el crisol de las edades, y tomando cada vez una forma mas bella, completa y acorde á la verdad y al bien, hasta que se formula en nuestro siglo por la pluma del ilustre proscrito de Jersey: *"l'art d'á present ne doit pas chercher seulement le beau, mais encore le bien."* Aspira tambien á la verdad, porque ha llegado la edad de la razon.—"¡Salgamos de los sueños! Dejemos la infancia; ya es tiempo de ser hombres."—(1);

(1) Edgar Quinet.

y sustituye la realidad en el drama á la fábula en la tragedia. La duda espanta al alma; por eso era mas propia de los tiempos antiguos la tragedia, el hombre sucumbiendo bajo el peso del destino; pero habiendo la revelacion despejado el hado, y habiendo un martirio divino, universal espiado el sacrificio parcial del héroe, ha sucedido la creencia, que si eleva el alma, no la sobrecoje, porque el suspiro de la muerte abre las puertas de la eternidad. El clasicismo es el presentimiento de una revelacion: á la duda ha sucedido la creencia; á la desesperacion la fé; al sacrificio el martirio; al sensualismo en el fondo el idealismo hasta en la forma; á estatuas inmóviles de relacion finita cuadros fantásticos que dejan ver la idea regeneradora de la Providencia: aquellas mirando á la tierra en que descansan, las imágenes elevándose al cielo á que aspiran; á templos que pesan sobre el mortal cúpulas que le elevan á Dios y se pierden como la oracion en los espacios; á epopeyas nacionales y de limitado fin el canto universal y eterno de la redencion.—Ha nacido la música, expresion ideal de la armonía divina.

II.

Sobre esta evolucion del arte hay algo de permanente y eterno en la fantasía que lo crea, porque el arte es inmortal. Es la realizacion sensible de una idea; y se eleva en esta espiral de idea y manifestacion sensible del mundo á Dios. Reconoce en la belleza absoluta la fuente de la inspiracion; idealiza un momento en el tiempo, una escena en el espacio; viste la forma ideal de la creacion fantástica; y evoca su cuadro tal como lo despliega la imaginacion en el mundo de sus ensueños. No obra ella sola en la produccion ó concepcion de la belleza: la memoria, la razon y el sentimiento la auxilian: sin la memoria faltaria lienzo al pincel; sin el sentimiento sus obras serian secas como un cálculo matemático: sin la razon faltaria composicion y verdad al cuadro; y la imaginacion en el espíritu que la evoca, el soplo que la vivifica, la luz que la colora, el verbo que la encarna.

La imaginacion crea un continente fantástico y un tiempo y espacio ideales; aéreo fatal que orla la floreciente concepcion de la belleza. Esta esencia del genio constituye al poeta y al artista, á diferencia del literato que percibe y juzga lo que aquellos conciben y realizan. El poeta esgrime el rayo de la inspiracion; el literato maneja el escalpelo de la crítica; aquel germina en su espíritu las ideas cual la tierra la semilla, este separa la cizaña

AGOSTO.

y cual experimentado labrador presta sazón con su cultivo á las concepciones fantásticas.

El inmenso poder del arte perpetúa la hermosura real, que tiene un solo instante de existencia completa (antes de él está llegando y despues desapareciendo). Una sonrisa desaparece; un rayo de luz se eclipsa; una rosa se marchita; un sonido vuela; la vida entera y sus accidentes pasan; pero el arte detiene el instante, la sonrisa, la luz, el sonido, la vida, y dándoles subsistencia transforma y encarna en una expresion ideal y duradera sus malos aspectos, sus horas menguadas, sus alteraciones sucesivas, su menoscabo y su disolucion material. Para esto con la realidad prosaica hace una especie de burla ó ironía quitándole sus propiedades físicas y formas exteriores; la acendra y reduce á lo que tiene de típico y expresivo; y en ese estado de seduccion permanente, y con trazas de verdad, sin embargo, la entrega á la admiracion de los siglos. "Así el arte corona la belleza mortal con la doble aureola de la expresion y de la inmortalidad."

La naturaleza es el pedestal del arte, que primero la imita; y despues idealizándose la supera. "Creo que el arte, ha dicho un célebre escritor, sea una imitacion de la naturaleza, es suponer que esta conserva su formosidad primitiva." La naturaleza no contiene el ideal que crea la mente del poeta y del artista. Hegel, negando que el arte sea una imitacion de la naturaleza subordina esta á aquel: es el corolario del panteísmo, pues que viendo que la supera no podia admitir el decaimiento natural. El bello artificial no es un suplemento del natural, es sí, una manifestacion finita de un ideal absoluto, una aspiracion del espíritu á Dios, cuya semejanza evoca la belleza: *"é un ricordo o una profezia riferendose all' epoca primitiva e finale del mondo"* (1). Y si nó: ¿dónde vieron los indios el tipo de sus estatuas multiformes, y sus esfinges los egipcios? En Grecia, país clásico del arte hay menos protuberancias de formas, mas armonía entre el fondo y la forma, lo que viene á representar el carácter y creencia de estos pueblos. En la India hay castas de hombres, emanaciones de Dios, en medio de una naturaleza grandiosa y absorbente; en Grecia, en medio de una bella naturaleza compañera del hombre, hay castas de Dioses, hermanos de los hombres, hijos privilegiados de la naturaleza.

El arte, que parece impotente y débil ante las obras de la naturaleza que no alcanza á representar, llega á ser el supremo pedestal de la belleza, cuando crea sobre los primeros ele-

(1) Gioberti.

mentos que le ofrece aquella, vehículo y obstáculo, á la vez, de la ejecución artística. No podrá imitar la luz ni la oscuridad; pero forma bellas combinaciones que la naturaleza no presenta; no podrá representar el grandioso espectáculo de una tempestad cuyo ronco bramar es el aterrador sonido del lenguaje divino; pero la ejecución de notas delicadas produce la armonía que causa grata emoción al alma y espresa el pensamiento.

La cara del hombre es el ideal de la belleza, ha dicho un escritor: y ¿dónde encontraremos en la naturaleza tipos tan acabados, expresión tan sublime y armónica entre la grandeza del alma y hermosura del cuerpo, como en la Venus de Médicis, el Júpiter Olímpico, el Apolo de Belvedere, concepciones de grandiosos artistas que suben al cielo (1) para hacerse cargo de la magestad del padre de los Dioses? ¿Dónde el ideal y composición de Rafael? ¿Dónde crió Miguel Angel el tipo de su inspiración que elevó al Panteón sobre la cúpula de S. Pedro pendiente en el vacío? ¿Dónde está el tipo de la *Ascension*, del *Pasmo de Sicilia*? ¿Dónde el sentimentalismo que respiran las vírgenes de Murillo? ¿Dónde la sinceridad en la frente y en las cejas, la elevada inocencia de sus ojos, el candor de sus mejillas, la gracia amorosa de su boca que sonríe el mas dulce sentimiento de la mas pura virginidad? ¿Dónde el color que espejo de la vida es el esmalte de la inspiración artística?...

Si tan grande es el poder del arte en la concepción de la belleza, en la expresión de una tendencia del espíritu, poderoso debe ser su influencia sobre la humanidad, trascendental su desarrollo. El arte, como espontáneo, necesita libertad en la esfera de su acción: no reconoce límites á su inspiración que si se oprime, desespera y muere. Sin querer como los sectarios de nuevas escuelas espiritualistas atribuir á las artes un predominio excesivo; sin pretender que á ella solo está reservado la gloriosa misión de sacar á la sociedad del abismo de miseria á que la han llevado las tendencias materialistas, sin proclamar que solo las bellas artes pueden imprimir esta actividad permanente, esta acción favorable y continua de todas sus fuerzas y de las facultades de cada uno de sus miembros que constituye el progreso, debemos reconocer siempre, que una parte considerable de influencia les está reservada en este gran movimiento de reorganización social impreso á las naciones europeas. Esta influencia es pura tanto mas y bienhechora, cuanto es menos opresora y egoísta.

(1) Fidiás.

A los artistas solo, poetas, pintores, estatuarios, músicos, les es dado influir en el corazón de los pueblos por cantos que enardecen su fantasía y se graban en su memoria, por nobles ejemplos y grandiosas representaciones que ofrecen á su vista.—Las creaciones del arte son de todos sentidas, mientras que pocos conocen las verdades de la ciencia.—Solo los artistas inspiran en las masas el gusto de lo bello, la idea de lo grande, la pasión de lo verdadero, la abnegación, el patriotismo; abrir sus almas á los sentimientos elevados, á las emociones generosas: solo ellos combaten con ventaja el egoísmo que hiela los corazones, la corrupción que los enerva, presentándoles como viles y despreciables ante la virtud del corazón, y la energía del espíritu; ellos, solo ellos levantaron contra la barbarie, siempre pronta á destruirnos, el dique que no podrá romper jamás, la civilización, corona que labra para la humanidad el progreso de los siglos.

NICOLÁS SALMERON Y ALONSO.

UN DIA DEL HONRADO LABRADOR.

IDILIO.

I.

Son las cinco de la mañana.

La risueña aurora de un bello día de mayo extiende su manto de púrpura y oro sobre las verdes colinas que rodean mi cabaña.

La ligera alondra con sus alegres trinos levanta su rápido vuelo hasta la región de las nubes, ansiosa de saludar al astro del día, cuyos primeros rayos tiñen su plumaje de encendidos colores.

El gallo altivo, mensajero feliz de la mañana, sacude sus nítidas alas, é irguiendo su coronada cabeza, canta con orgullo en medio de su serrallo.

La cándida paloma hace escuchar su tierno arrullo posada sobre el pajizo techo de mi hogar tranquilo y dichoso.

El tibio rayo del sol naciente penetra en mi habitación por la ventana, al través de las hojas de un florido limonero, para anunciarme que comienza la hora del trabajo.

Abro los ojos con alegría, y dejo mi lecho sin pereza.

¡Bendito seas, Dios mío, que me has dejado amanecer para bendecirte!

Esposa de mi alma, hijos de mi corazón, ale-

graos; que ya alumbra la luz de un nuevo día.

Venid acá; arrodillaos junto á mí y recemos la oracion de la mañana.

¡Dios os bendiga!

II.

Son las seis.

Las secas ramas de la tajada encina arden con alegres chasquidos en la chimenea.

El humo asciende en ligera espiral formando nubes que se tiñen de púrpura y se desvanecen luego en el espacio.

Mi mujer prepara á la lumbre el desayuno de la familia.

Nuestros hijos la rodean con rostro placentero, y prodigan tiernos halagos al fiel mastín, custodio de la casa, que agitando su lanuda cola, viene á lamer sus manos, pagando así sus inocentes caricias.

Voy entre tanto á uncir mis mansos bueyes que rumian tranquilos el pienso de la noche.

A mi voz se levantan humildes é inclinan su cuello, para recibir el yugo del arado.

III.

Las siete.

Ya humea sobre la tosca pero limpia mesa el hondo plato que contiene nuestro frugal desayuno.

¡Qué sabroso lo hace el apetito!

Comed, bebed; que Dios ha echado su bendición sobre estos manjares.

Un pobre está á la puerta.

Que entre á participar de lo que el Señor nos ha dado.

Sujetad al perro, no vaya á morderle.

Todos somos hijos de Dios.

Dadle de las frutas de nuestro huerto.

Que coma y beba hasta que se harte.

Dios agradece siempre los beneficios que se hacen en su nombre.

IV.

Las ocho.

Ahora á trabajar.

¡Qué hermoso es el campo en una mañana de primavera!

Voy á preparar el terreno para que mis hijos tengan pan el año que viene.

¡Qué fresca es la brisa!

¡Qué delicioso perfume exhalan las flores!

Los trigos están preñados, y cuando el viento los agita, se mueven como las ligeras olas de un lago transparente.

¡Qué bella es la luz!

¡Qué puro está el cielo!

Mis bueyes van delante de mí ¡Qué gordos están! ¡Qué pelo tan lustroso!

Mi perro salta á mi lado ladrando de alegría; persigue inútilmente á los pajarillos que revolotean en los sembrados, y luego vuelve á mí con el pelo mojado por el rocío.

Sobre su lomo brillan algunas gotas y reflejando los rayos del sol, como las que están pendientes de las menudas yerbecillas.

Trabajemos.

Trabajar es vivir.

Bendito sea Dios que me ha dado salud para el trabajo.

Estoy alegre, y quiero cantar.

Pajarillo que vuelas

De rama en rama,

Y en tus alegres trinos

Tu dicha canta:

¡Ay pajarillo!

Yo también soy dichoso;

Yo no te envidio.

V.

Las doce.

Ya he trabajado cuatro horas.

¡Cómo ha cundido mi trabajo!

Estoy cansado y tengo calor.

Mis bueyes también necesitan reposar.

Vamos á la sombra.

Aquí, junto á este claro arroyuelo los pondré á pacer.

Tenderé mi manta debajo de estos álamos.

Así.

¡Qué viento tan delicioso!

¡Cómo tiemblan las hojas de los árboles!

¡Cuán agradable es su murmullo!

Voy á fumar.

¡Qué bien me sabe este cigarro!

¡Qué formas tan caprichosas toma el humo.

Mis bueyes están paciendos, y mi perro está echado junto á mí con la boca entreabierta.

¡Qué blanco son los dientes de mi perro!

¡Y no se los limpia!

¡Leal! ¿Estás jadeando? ¡Pobrecillo!

Has corrido mucho. Descansa.

¡Qué buen amigo es un perro!

¡Leal! ¡Qué bien te sienta el nombre!

Tengo sed, y voy á beber un poco de agua.

¡Qué hermosa es esta fuente!

Se ven las guijas del fondo, como si estuvieran debajo de un cristal muy limpio.

¡Qué verde y qué fresco es el césped de sus orillas!

No tengo vaso.

¿Qué importa? Beberé con la mano.

¡Qué fresca está; Dios la bendiga!
 Ya estoy satisfecho.
 Ahora, á dormir un rato. Mi perro estará de centinela.
 ¡Aquí, Leal, aquí!
 ¿Qué bien se duerme á la sombra de los álamos con el zumbido de la abeja, el arrullo de la tórtola y el suave murmurio de la fuente!
 ¡Qué tranquila y deliciosa es la vida del campo!
 ¡Qué agradable es la armonía de la naturaleza!
 Soy muy dichoso.

VI.

Las dos.
 Mi perro me ha despertado con sus ladridos. Alguien se acerca.
 En efecto, es mi hijo, el mayor, que me trae la comida.
 El perro ha cesado de ladrar y se adelanta á recibirle.
 ¡Mi hijo!... ¡Qué hermoso es mi hijo! Tan robusto como yo, tan hermoso como su madre.
 Va á cumplir doce años, y ya lee y escribe muy bien, y sabe de cuentas.
 También sabe la doctrina cristiana, que su madre se la ha enseñado.
 ¡Qué hermoso es mi hijo!
 Cuando llegue la Pascua, estrenaré su vestido nuevo é irá por primera vez á comulgar á la parroquia.
 ¡Qué bueno es mi hijo!
 Pronto me ayudará á ganar el pan para su madre y sus hermanos. Todavía es muy joven, y no quiero que trabaje.
 ¡Qué bueno es mi hijo!
 Cuando yo muera, él será el amparo de la familia; cultivará esta tierra, y vivirá honradamente, como yo he vivido, de su trabajo.
 Aquí está ya mi hijo.
 Dios te guarde, hijo mio.
 Siéntate, que vendrás cansado.
 ¿Traes la comida?
 ¿Viene caliente?
 Bueno; así nos será mas provechosa.
 ¿Han comido ya tu madre y tus hermanos?
 ¿Quedan comiendo?
 Hacen bien. Después de trabajar debemos tomar el alimento para sostener la vida.
 Nos encontramos puesta la mesa.
 ¡Qué verde y qué limpios manteles extiende el Señor por todas partes!
 En el nombre de Dios, empecemos.
 Come, hijo mio, come, que está muy bien sazónada la comida. Tu madre nos cuida admirablemente.

Toma; esto para tí; la mejor presa para mi niño.

¡Qué! ¿No te gusta?
 ¡Ah, picaruelo! ¡Con que lo decias porque yo la comiese! Ya te conozco.
 Cómela tú, hijo mio.
 Así.
 ¡Qué bien lo hemos hecho!
 ¿No quieres mas?
 Ni yo tampoco.
 Pónselo al perro, que ya se está relamiendo de gusto.
 ¡Pobrecillo! Mira cómo meneas la cola en señal de gratitud. Hasta los animales nos enseñan á ser agradecidos.
 ¡Desgraciado del que no lo es!
 Demos nosotros gracias á Dios, porque nos ha dado de comer sin merecerlo.

VII.

Las tres.
 El sol camina ya hácia el Occidente. ¡Qué serena está la tarde!
 Voy á uncir mis bueyes para volver de nuevo al trabajo.
 ¿No te vas, hijo mio?
 Me alegro. Así llevaré compañía.
 Trabajemos.
 ¿Qué haces?
 Suelta esa pobre mariposa, que puedes hacerle daño.
 Dios manda que seamos compasivos hasta con los animales, que tambien son sus criaturas.
 Así.
 Mira que alegre vuelve á volar al rededor de nosotros. Mira que ufana ostenta sus ricos y brillantes colores.
 ¡Qué grande es Dios en todas sus obras!
 Apártate, hijo mio, que vas á pisar ese pobre gusano.
 ¿Qué es feo?
 Pues tambien se ha de convertir en mariposa.
 El Señor nos da lecciones por todas partes.
 Aprende, hijo mio, aprende; y no olvides nunca la semejanza que hay entre el hombre y ese gusano.
 ¿Cual es? Voy á decírtela.
 Ese pobre insecto está condenado á arrastrarse sobre la tierra, hasta que cumplido su tiempo se encierre en su capullo, de donde por el poder de la divinidad sale luego con brillantes alas á recorrer el espacio.
 Así es tambien el hombre.
 Destinado por Dios á vivir con fatigas sobre un suelo regado con el sudor de su frente, baja

al sepulcro para salir de él á otra vida mejor, y su espíritu vuela á confundirse con los ángeles en la eternidad; se entendié, si ha sido bueno.

Quiera Dios que tú lo seas, hijo mio.

VIII.

Las siete.

Ya es hora de descansar.

El sol se va ocultando detrás de aquellos montes.

Las avecillas vuelan en busca de su nido.

¡Qué agradable silencio!

¡Qué misteriosa es la naturaleza alumbrada por el crepúsculo de la tarde!

Solo se escucha de cuando en cuando la voz del ruiseñor que canta sus amores.

Dame la mano, hijo mio.

El amor es el dulce lazo con que Dios liga los corazones sobre la tierra. Tú tambien amarás algun dia.

Quiera Dios que entonces encuentres una compañera digna de tí, una mujer casta, pura y virtuosa, como tu madre.

Mírala. Nos aguarda á la puerta con tus hermanos, para recibirnos como siempre con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón. Corre á abrazarla.

IX.

Las ocho.

Ya ha cerrado la noche.

Mis bueyes están paciend.

Vamos á cenar.

¡Qué rica es la leche de mis ovejas! ¡Qué dulce es la miel que mis abejas han labrado!

Come, esposa mia; comed, hijos de mis entrañas.

¡Bendito sea el Señor que nos envia el sustento!

El pobre leñador llega á la puerta. ¡Y es un pobre anciano!

El cansancio y la debilidad le impiden seguir su camino.

Que entre.

Dadle de cenar y un buen lecho de paja junto á la lumbre, para que pase la noche. Todos somos hermanos.

Ya hemos cenado.

¿Qué bien me ha sentado la cena?

Ahora vamos á contemplar el firmamento.

¡Cuántas estrellas darraman su luz en el espacio!

¡Qué grande es Dios en todas las manifestaciones de su omnipotencia!

Prosternaos, hijos mios, esposa mia; proster-

naos conmigo, y adoremos al Dios que ha creado los cielos y la tierra con solo el poder de su divina palabra.

Mirad: aquella estrellita señala las horas de noche y dirige el rumbo de los navegantes. Mañana la vereis en el mismo sitio, fija siempre, como la mirada de Dios sobre sus criaturas.

Cuánta armonía! cuánta grandeza!

X.

Ya son las nueve.

Toma, hijo mio, toma ese libro y lee en él algunas hojas mientras llega la hora de dormir.

¡Cuántas verdades, cuánto amor, cuán dulce esperanza encierran los santos Evangelios!

XI.

Las diez.

Vamos á dormir.

Venid antes, hijos mios, y abrazad á vuestra madre. Ahora á mí; Dios os haga buenos.

No os olvideis de vuestras oraciones, ni de rogar á Dios por nosotros.

Buenas noches, hijos mios, hasta mañana, si Dios quiere.

Qué feliz soy! tengo una mujer amante y virtuosa; tengo hijos obedientes, cariñosos y humildes; tengo salud y fuerzas para mantenerlos.

Gracias, Dios mio, gracias!

XII.

Qué sueño tan tranquilo!

¡Dichoso el que sabe aprovecharse de la vida, para abrirse por medio de la felicidad las puertas de la eterna gloria!

J. M. GUTIERREZ DE ALBA.

REDENCION.

POR

M. OCTAVIO FEUILLET.

(CONTINUACION.)

ZAFARA.

Eh! eh! la ley no se mezcla en esto. (*Presentando el pomito á Magdalena.*) Cincuenta ducados.

MAGDALENA, sacando el bolsillo.

Aquí están. (*Toma el pomito.*) Mil gracias. Adios.

ZAFARA.

Adios, hija mia. El que te ame sinceramente será un tunante afortunado. (*Magdalena vase.*)

II.

LA MISMA NOCHE.—EN EL TEATRO, EN EL CUARTO DE MAGDALENA.

Magdalena viniendo de la escena entra en su cuarto seguida de una doncella; lleva un traje ostentoso de teatro. Los lacayos traen una porción de ramilletes que acaban de arrojarla, y todos los asientos y la alfombra del cuarto están llenos de flores.

MAGDALENA.

Poned ahí eso. (*Los lacayos se van.*) Todos se han vuelto locos, á fe mia.

LA DONCELLA.

Habeis trabajado esta noche divinamente.

MAGDALENA.

Y siempre no es así?

LA DONCELLA.

En efecto.

MAGDALENA.

Entonces ¿qué tiene de extraño? Quítame los alfileres y vete; me voy á arreglar el pelo y limpiarme el colorette, y volverás dentro de veinte minutos. (*Lllaman.*) Mira quien es.

LA DONCELLA.

Lord Sheffield, el duque de Estival y el príncipe Erloff.

MAGDALENA.

Adelante, señores, adelante.

(*Vase la doncella. Lord Sheffield, Estival y Erloff entran aplaudiendo y diciendo:*)

Encantadora! sublime! divina!

MAGDALENA.

Venid aquí, tengo que reñiros... sois unos traidores... por Dios, príncipe, ese sable... todo lo enredais con él... sí, tres traidores que denuncio los unos á los otros... Y ante todo, milord, recojed vuestro proyectil. Las flores bastaban sin el brazalete... ¿Sabeis lo que habeis hecho con vuestro brazalete?...

LORD SHEFIELD, *con gravedad imperturbable y un ligero acento inglés.*

Qué ha sido?

MAGDALENA.

Habeis muerto al apuntador.

LORD SHEFIELD.

Ah! no habia visto... Era casado?

MAGDALENA, *imitando el acento del inglés.*
Oh! por qué?

LORD SHEFIELD.

Daré una pension á su familia... ¿Pero quizá os estais burlando?

MAGDALENA.

Quizá... sin embargo, no me burlo al deciros que recojais ese brazalete, milord; y vos, Estival, vuestras esmeraldas; y vos, Erloff, todas esas piedras.

LOS TRES.

Ah! por qué?

MAGDALENA, *volviéndoles la espalda para arreglar la ropa delante del espejo durante toda la escena.*

Porque así lo quiero y no admito reclamaciones. ¿Os acordais de los términos de nuestro tratado? Justo; hé aquí el momento de hablar de ello. Estival, teneis la palabra.

ESTIVAL.

Hace un año por ahora, que en la cena de Navidad estábamos para matarnos estos dos señores, el conde Juan y yo, por vuestros hermosos ojos, cuando os dignásteis arrojar entre nosotros vuestro guante perfumado con estas palabras, que recuerdo perfectamente: „Señores, semejante degüello seria vano; por causa de desengaños deseo permanecer algun tiempo libre de mi persona á fin de recobrar ánimo: pero en la primera noche de Navidad si conservo mi libertad como me figuro, os reuniré á los cuatro en mi casa, y como sois la flor de la galantería en Viena...”

MAGDALENA.

Dije yo la flor de la galantería?

ESTIVAL.

Seguramente.

MAGDALENA.

Pues señor, está bien; proseguid.

ESTIVAL.

„Os prometo elegir uno entre vosotros. En cambio me prometeréis que suceda lo que quiera, quedareis buenos amigos;” Hemos sido buenos amigos y estamos en Nochebuena.

MAGDALENA.

¿No podríais renovarme el pagaré para dentro de un año?

LOS TRES, *con energía.*

Ah! ah! ah!

MAGDALENA.

Sois unos judíos. Pero habeis olvidado una de nuestras condiciones, á saber; que durante el tiempo de vuestra candidatura no podiais

ofrecerme ningun regalo, escepto flores, pues no debe creerse que he cedido á otra influencia que á la de vuestro mérito personal. Llevaos todos esos dones. Vuestro ramillete es bonito, Estival; ha venido de París?

ESTIVAL.

Por el telégrafo.

MAGDALENA.

Y el vuestro, milord?

LORD SHEFIELD.

Oh! habeis visto la flor que tiene una raiz?

MAGDALENA.

No por cierto. Quiere decir alguna cosa?

LORD SHEFIELD.

Oh! nada: pero no habia en Europa mas que una flor con raiz, y como ya está aquí, no queda ninguna. Deseo que os agrade.

MAGDALENA.

Ah! con que era eso?... En efecto, qué hermosa raiz!... Y vos, Erloff, ¿dónde ha cortado estas flores de los trópicos vuestro sable tremendo?

ERLOFF.

Las he mandado robar la noche pasada en el jardin botánico por cuatro de mis siervos. Dije para mí: los guardas molerán á palos á dos de ellos, pero entre tanto los otros dos cogerán las flores. Y efectivamente esto ha sucedido.

MAGDALENA.

Es mucha finura, aunque se resiente de un origen cosaco; pero el conde Juan ha hecho mas aun, señores.

ESTIVAL.

Ah! el conde Juan! qué gracia! tiene invernáculos magníficos!

MAGDALENA.

Pues nada he visto de él, ni una rosa... Se escapó antes de concluir la pieza. Ya verá cuando se presente! *(Se oye mucho ruido en la calle.)* Qué es eso?

ESTIVAL, mirando por la ventana.

Nada distingo, sino la nieve y una muchedumbre apresurada... *(Se oyen risas en el corredor.)*

MAGDALENA.

Es la voz del conde! entrad!... *(Entra el conde Juan.)* Qué pasa ahí? es un motin, es un incendio?

EL CONDE JUAN, riendo.

Es vuestro ramillete, querida mia! ah! cuán hermosa está!... Dios mio! qué hermosa!

MAGDALENA.

Mi ramillete causa tanto ruido?

EL CONDE JUAN.

Sí; ya sabeis que poseo invernáculos muy grandes donde los viajeros admiran las flores de las cinco partes del mundo... Pues bien, todo eso, cedros del Líbano y palmeras del Nilo, plantas de la India y de la China, árboles y arbustos, flores y frutas. Todo acaba de caer para alfombra de vuestros caballos, reina mia; la calle está esmaltada de flores desde el teatro hasta la puerta de vuestra casa. No es bonito, pero es aromático.

MAGDALENA.

Conde, es una locura!

EL CONDE, dejándose caer riendo sobre un diván.

No; lo único malo, es que mi jardinero se ahorcó al ver esa poda radical en mis vergeles.

MAGDALENA.

Bien; milord concederá una pension á su familia, no es verdad, milord?

LORD SHEFIELD, pensativo.

Nada de eso, estoy incomodado.

UN CRIADO, entrando.

Una carta urgente para el señor conde.

EL CONDE JUAN.

Dámela: *(Lee la carta.)*

ERLOFF.

Si yo lo hubiese sabido habria mandado reunir á mis veinticinco mil siervos cada uno con un abeto en la mano.

MAGDALENA.

Príncipe, eso se hace y no se dice.

ESTIVAL.

Yo tengo deseos de hacer lo que el jardinero del señor conde.

MAGDALENA.

Esperad á que hayamos cenado. Las cosas no suelen ser lo que parecen. *(Mira con despecho al conde Juan, absorto en la lectura de su carta.)* Ahora vais á dejarme... Se me olvidaba deciros que vendrá mi amiga Rosita.

ERLOFF.

Y por qué? Es una mujer estúpida.

MAGDALENA.

No digo que no; pero la convido para que lleve á su niña Berta que es un ángel. Señores, hasta luego. Conde Juan, tengo que deciros dos palabras.

MAGDALENA, EL CONDE JUAN.

MAGDALENA.

Sois muy descortés: ¿de qué trata esa carta que os ocupa tanto?

EL CONDE JUAN.

Nada... es una señorita...

MAGDALENA.

Que os hace pasar por todos los colores del prisma en cinco minutos... Me gustaria saber lo que contiene.

EL CONDE JUAN.

Os burlais, Magdalena?

MAGDALENA.

Jamás me burlo cuando hablo de veras. En algo me concierne ese papel.

EL CONDE JUAN.

No por cierto.

MAGDALENA.

Lo jurais?

EL CONDE JUAN.

Por qué ha de interesaros?

MAGDALENA.

Qué fastidio! Dádmela.

EL CONDE JUAN.

Teneis empeño en ello?

MAGDALENA.

Ya lo veis; dádmela pronto. (*Algo encolerizada.*)

EL CONDE JUAN.

No podriais comprender lo que dice. Permitidme que os haga el exordio. Esta carta es de un primo mío de quien os hablé en otro tiempo, el que nunca he podido traer á vuestra casa. Hace tres años me encontraba con él en la Siberia, en un viejo castillo entre dos montes, donde agonizaba mi tía que me habia educado, y á quien amaba yo apasionadamente. Allí permanecí dos meses casi solo con mi primo, corriendo por las montañas y hablando de cosas íntimas; en suma, me agradó mucho.

MAGDALENA.

Está muy bien; la carta.

EL CONDE JUAN.

Quedamos muy amigos... y despues me ha dejado completamente.

MAGDALENA.

La carta.

EL CONDE JUAN.

Entonces era solo un hombre original; hoy parece que está mas adelantado... se ha vuelto loco.

MAGDALENA, arrancándole la carta y leyendo.

„Conde Juan, mi querido primo: El tiempo urge y tengo que escribiros muy de prisa esta carta, cuando desearia meditar profundamente cada línea de ella. Desde hace dos años no nos vemos, y á la verdad no sé quien es el hombre á quien me dirijo. Conde Juan, os suplico que sea este hombre aquel que conocí hace tres años á la cabecera de un lecho mortuario, aquel con quien he vivido, pensado y sufrido durante dos meses con mi mano en su mano, y en el fondo de las soledades. Pongo mi carta bajo la invocacion de estos recuerdos, pidiendo á Dios que se hallen presentes á vuestra memoria.

„Me he podido explicar mi antipatía por vuestra actriz favorita; era un presentimiento. En Viena se repite que cenais esta noche en su casa con tres de vuestros amigos, y que ella debe elegir á uno de vosotros por amante. Sed dichoso, conde; á vos elegirá, no solo porque sois el mas rico, sino porque sois bueno, y tenéis mas alma y mas inteligencia que los otros tres juntos, porque el gusano muerde siempre con su boca ponzoñosa el mejor fruto del árbol, porque ese es el instinto feroz de esas criaturas.

„En otro tiempo me dijisteis que en cualquier peligro, por grave que fuese, no querriais aconsejarnos sino de mí, pues me juzgábais de un juicio muy recto y de una esperiencia muy superior á mis años. Os recuerdo esa palabra: ha llegado el peligro, y el consejo es este. Conozco á Magdalena; es el tipo completo de esas mujeres que toda mi vida he estudiado con espanto; reasume en sí todas sus seducciones y sus perversidades, que lleva hasta el extremo. La conozco por una casualidad; pude examinar á descubierto, bajo ese velo de juventud y de gracia, el cerebro decrepito y el corazon petrificado de un anciano que habria llevado una mala vida.

„No os digo que os arruinará, porque esto es sabido, si bien es cierto que su hermosura vale tres millones. Os digo sí que en cuanto dejeis á ese vampiro aplicar sus labios helados sobre vuestro seno, no os soltará sin que haya estraído y marchitado todos los dones que Dios ha derramado en él abundantemente; no os soltará sin haberle dejado vacío y desierto como se halla el suyo.

„Conde Juan, yo tengo la culpa de nuestro alejamiento; mi pobreza relativa no me permitia seguiros en vuestro torbellino. Es la primera vez que he deplorado mi pobreza, pues á nadie sino á vos he tenido amistad en este mundo; me habia unido á vos con entusias-

mo, como á un antiguo caballero lleno de generosidad, de franqueza, de brillo y de ternura; amaba vuestras virtudes y adoraba vuestros defectos. Cuando pienso en lo que sois y en lo que sereis al salir de las manos de esa mujer, cuando pienso en todos los gérmenes de felicidad, de dignidad y de porvenir que un capricho voluptuoso va á sofocar en vos, experimento un dolor que es mas fuerte que mi temor de ofenderos. Os envío, pues, esta carta, asegurándoos que ningun deber de amistad, ningun sacrificio le costó jamás á un amigo lo que á mí me cuesta esta ofensa. Adios.—*Mauricio.*"

EL CONDE JUAN.

Qué os parece?

MAGDALENA.

Ese hombre está loco ó celoso; ¿qué vais á hacer?

EL CONDE JUAN.

Encerrarle si está loco, y matarle si no lo está.

MAGDALENA, *poniéndose á escribir.*

No, traérmele á cenar; yo me encargo de convertirle ó de vengarme. Mandad que le lleven esta esquila.

EL CONDE JUAN, *riendo.*

Y pensais que vendrá?

MAGDALENA, *encogiéndose de hombros.*

Pues no ha de venir? (*El conde Juan sale riendo.*)

EN CASA DE MAGDALENA.

Una sala resplandeciente de luces; una mesa ricamente servida y cargada de flores.

MAGDALENA, ROSITA, BERTA, *niña de ocho años; el conde JUAN, el príncipe ERLOFF, el duque de ESTIVAL, lord SHEFIELD.* (*Principian á cenar.*)

MAGDALENA, *á Sheffield.*

Gracias, milord; se lo diré á mi cocinero. (*A Erloff.*) Sí, príncipe, son alondras... ó ruiseñores, no lo sé de cierto; pero seguramente volaban en vida.—Conde Juan, creo que os olvidais de Rosita.

EL CONDE JUAN.

Os equivocais; pero no sé lo que tiene Rosita... lanza suspiros en vez de comer tranquilamente y mucho, como de costumbre... ¿Qué quiere decir eso, Rosita?

ROSITA.

He querido tragar una cosa que se me ha

AGOSTO.

quedado en la garganta... Dios mio!... me ahogo!... ay!... ya pasó!

EL CONDE JUAN.

Me alegro... me habeis dado un buen susto... pero en fin, habiendo pasado ya, callemos.

MAGDALENA.

¿Quién está ahí oculto detrás de esa colina de flores sin decir una palabra? Ah! es Estival... ¿qué decís de nuevo, amigo mio?

ESTIVAL.

Nada; que como bien porque tengo un apetito extraordinario.

MAGDALENA.

Es el amor, duque... os recomiendo á Berta, vuestra vecinita.

ESTIVAL.

¿Qué niña tan bonita, con sus ojos del color del mar! es hija vuestra, Rosita?

ROSITA, *con gravedad.*

Sí, señor duque; es decir, así lo creo, pues no hay seguridad en estas cosas; los hombres son muy traidores. (*Risas.*)

SHEFIELD.

Oh!

EL CONDE JUAN.

Razon teneis en desconfiar, Rosita... Yo conocí una mujer que tenia una niña de la que creyó ser madre hasta la edad de cincuenta años... y luego una mañana, paff! descubre que la madre era otra... qué os parece?

ROSITA.

Si á mí me sucediese una cosa igual me moriría.

ESTIVAL.

Ya lo creo. Bebed un poco para ahogar tales ideas.—Conde Juan, ahora que me acuerdo, y vuestro primo?

EL CONDE JUAN.

Ya dije que no vendría.

MAGDALENA.

Si no viene despues que yo me tomé el trabajo de escribirle con mi blanca mano, será que es un grosero.

ERLOFF.

¿Por qué, mi querido conde, sacais siempre á relucir á semejante primo? Yo no lo he visto mas que una vez; y os aseguro que me disgustó en extremo... ¿Qué dijo que me chocó tanto?... Esperad...

MAGDALENA.

Todo eso nos importa poco, mi querido príncipe... Ante todo no permito que nadie inter-

venga en mi contienda con ese joven salvaje; deseo encargarme sola de su educacion.... y para principiar le he señalado un puesto junto á la pequeña Berta; supongo que al hallar en mi casa á la inocencia, aunque no le haré tirar algunas carretillas y adivinar algunos acertijos, me devolverá la estimacion que me quita.
(Un criado anuncia á Mauricio Erckler.)

MAGDALENA.

Bravo! ha venido! que entre!

EL CONDE JUAN.

Os suplico, Magdalena, que tengais un poco de misericordia.

MAGDALENA.

Muy bien, muy bien, conde Juan... voy á celebrar su entrada... Señores, el vaso en la mano. *(Se levanta. Entra Mauricio.)* Ah!... *(Reconociendo á Mauricio se vuelve á sentar lentamente sin añadir una palabra. Todos los convidados la miran con sorpresa.)*

MAURICIO.

Mil perdones, señorita; he recibido un poco tarde vuestra invitacion, y no sé como agradeceros un favor con que no debia contar por ningun estilo.

MAGDALENA.

Caballero, ha sido el conde Juan... pero sentaos. *(Mauricio se sienta entre Berta y Sheffield.)*

EL CONDE JUAN.

Os poneis mala, Magdalena?

MAGDALENA, riendo.

Mala yo? miradme frente á frente!

EL CONDE JUAN.

Apuesto á que os ha sucedido algo.

MAGDALENA.

Algo es poco decir... me aplasta tres dedos del pié con el palo de la silla, y me pregunta si me ha sucedido algo... Nada, conde Juan... Y vos, estais herido? Comprendo, comprendo vuestra pantomima... no lo habeis hecho de intento... tanto mejor... ¿Quereis hacer el plato á vuestro primo? Mauricio, ¿no es verdad que Berta es muy bonita?

ROSITA.

Debeis ponerlos unos paños de agua y sal.

MAGDALENA.

Ahora tengo tiempo para eso... Cómo! ¿ya estamos en confidencias con la niña?... ¿qué os dice al oído?

MAURICIO, riendo.

Me dice que teneis el proyecto de hacernos tirar carretillas á los dos, idea que la divierte mucho y á mí tambien. Tirar carretillas con las señoritas bebiendo vino de Champaña, es mi placer favorito, y os agradezco que lo hayais adivinado.

MAGDALENA.

Os juro que ha sido el conde Juan.

EL CONDE JUAN.

¿Qué diantre, Magdalena! De todo tiene la culpa el conde Juan!...

MAGDALENA.

No me interrumpais; aplastadme otros cuantos dedos, pero sin interrumpirme... Es extraño á fé mia, que porque hayais arrancado de vuestros vergeles algunas raíces que han lastimado los cascos de mis caballos esta noche, os creais con derecho para interrumpirme y destrozarme los pies... Ea, conde Juan, dadme la mano... hablo de broma... *(Se reclina en su silla.)* ¿Qué cansada estoy!... ¿Cuántas palabras inútiles he dicho en mi vida!... Lo que me consuela es que no soy la única... No os deis por aludido, Estival... ¡pero es triste pensar que si se pudiera recojer y machacar en un mortero todo lo que decimos en los seis años largos que somos amigos, no se sacaria una idea!... ¡ni la sombra de una idea!... ¿Si seremos tontos, amigos míos? A propósito, ¿quién es el que cree por aquí en la inmortalidad del alma? ¿Me atreveria á pedir os vuestra opinion, príncipe Erloff, en tan grave asunto?

ERLOFF.

Una hermosa batalla y una hermosa mujer son dos cosas hermosas.

MAGDALENA.

Príncipe, sois un espadon sin moralidad. Y vos, milord, ¿teneis alguna idea digna de ser emitida en público?

SHEFIELD.

Oh! espero.

MAGDALENA.

Profundo como el sepulcro; y el duque?

ESTIVAL.

Yo creo mucho en el cielo cuando me sonreís, y en el infierno cuando sonreís al conde Juan.

(Se continuará.)

TEATRO PRINCIPAL.

LA HIJA DEL REGIMIENTO, *ópera de Donizetti, puesta en castellano con el título de LA CANTINERA DE LOS ALPES.*

Por fin, y merced á los esfuerzos sobrehumanos del Sr. Sañudo, activo é inteligente empresario de este teatro, se ha logrado poner en escena la bellissima produccion que llevamos mencionada arriba, y que ha tiempo es conocida del público. De ella, de su traduccion, y de la manera con que ha sido ejecutada, nos proponemos decir algo en el presente artículo.

Su argumento no desmiente la casta. Es de los comunes de las óperas, y dicho se está con esto que no hay que buscar en él, no ya condiciones del arte, sino ni siquiera sentido comun.

Hay allí una señora marquesa, la cual estuvo allá en sus verdes años casada de secreto con cierto capitán, por lo visto ya difunto, y al cual forzaron á ser marido vergonzante y á medio sueldo los pergaminos con que se enorgullecía la ilustre prosapia de su noble esposa. De este matrimonio no tuvieron mas que una hija, y fué fortuna, porque á haber nacido de él una media docena siquiera, hubiérase visto apurado el ejército de Saboya, que en último caso era el que habria de mantener á la prole de la titulada consorte.

En efecto, nació la primera y única niña, y toda vez que el misterio de su nacimiento hacia indispensable el separarla del lado materno, parecia lo mas natural que se hubiese puesto á cargo de alguna honrada familia, que con recato la criase y le diese enseñanza hasta esperar tiempos mejores. No se tomó sin embargo este camino, acaso por razones de economía, y en su lugar echaron á la recién nacida, no á la puerta de ningun vecino acomodado y sin hijos, sino á la puerta del décimo regimiento de infantería, inclusa de nueva especie, y donde podrá encontrarse de todo, menos amas de cria.

Este era un medio ingenioso para que la niña viviese, desde la primera leche, del presupuesto de la guerra.

El regimiento halló tal vez que aquella criatura olia á capitán por parte de padre, y en su consecuencia la adoptó por hija, destetándola con pan de municion y rancho, y constituyéndola desde entonces parte integrante del bagaje, como las ollas de campaña y los cucharones.

Ya se comprende que, dado este supuesto, su educacion no seria otra que la que no puede menos de adquirirse en las cuadras de un

cuartel, sus espresiones las escogidas que se usan en los campamentos, y sus modales los distinguidos que tienen que aprenderse de los cabos de escuadra.

Lo mas raro, y aun pudiéramos añadir lo mas inverosímil del caso, es que siendo ella una muchacha bonita, respetase su virtud un ejército entero entre las ocasiones de un vivac y entre las mil peripecias de una campaña; cosa que hace mucho honor á los soldados de Saboya. El conocimiento íntimo de esta castidad debió de entrar sin duda por mucho en la resolucion de la marquesa cuando espuso á su hija entre aquella gente de tropa. Por lo que pudiera tronar no le aconsejábamos que lo hiciese hoy.

La muchacha, sin embargo, llega á enamorarse, y no de alférez ni tambor mayor, sino de un pobre aldeano, el cual la pide por esposa; pero el viejo sargento Sulpicio, su padre de adopcion, se la niega porque ha parecido la madre, que es como llevamos dicho, la marquesa, la cual solo quiere pasar por tia. Esta la conduce á su palacio, donde despues de domesticar en lo posible á aquel oso, pretende dé su mano á un caballero protegido suyo.

Ella se somete á la voluntad materna de su tia, y cuando van á firmarse los contratos aparece de improviso su amante, que ha ascendido en un año de recluta á capitán, y le recuerda sus juramentos. La niña llora, su madre dice que es su madre, y como al cabo esta habia estado casada con otro capitán, no halla razon lógica para impedir que haga su hija lo que ella misma hizo. Acaso consideró tambien que al paso que el mozo iba en su carrera, al otro año deberia de ser capitán general.

La traduccion ha sido trabajada y puesta en verso con acierto notable y singular esmero por el Sr. Sanchez Albarran, quien nos ha hecho oír una escelente versificacion, aunque á ocasiones peque algo de lirismo, y aunque se note tal cual descuido en la medida del verso, que el primer día creimos visto no ser así, puesto que despues hemos visto no ser así, puesto que siempre se han dicho del mismo modo.

Respecto al título que acaba de imponerse á la traduccion, ó sea arreglo si se quiere, diremos alguna cosa.

¿Qué delito ha cometido el título de *La hija del regimiento* para que así se le despoje de él sin mas ni mas? Con él ha sido célebre esta ópera en el mundo entero, y con él ha sido cantada por los primeros artistas de Europa. Él hace, por tanto, parte de su gloria. Además, este título es propio y oportuno, porque está ligado íntimamente á la accion. ¿Su-

cede lo mismo con el de *La cantinera de los Alpes*? No. Las cantineras pertenecen á los regimientos, y de ningún modo á esta ó á la otra localidad donde aquellos se encuentren accidentalmente.

Esto nos recuerda al célebre y no reemplazado Larra, cuando para criticar la inoportunidad del título de una pieza decía que lo mismo pudiera llamarse *El peñon de Gibraltar*, ó *El buey suelto bien se lame*.

La ejecución no ha hecho mas que confirmar con un nuevo ejemplo lo que tantas veces tenemos dicho. Ténganse en buen hora á sí propios, ó haya quien tenga á ciertos cantantes de zarzuela por eminentes, incomparables y sublimes, gocen enormes y nunca aquí conocidos sueldos, fatiguen á las empresas con exigencias onerosas é irritantes; eso lo concebimos, puesto que se aprovechan de su efímero reinado; pero de esto á cantar con todas las condiciones del arte una verdadera obra del arte, va distancia y no poca. *La hija del regimiento* no es *La Colegiala*, ni *El amor y el almuerzo*, ni *El vizconde*, ni *La cola del diablo*, ni otras.

Esto ha de notarse por fuerza mas cuando comparamos nuestras impresiones de ahora con nuestras impresiones de otras épocas en la misma obra.

La señorita Ramirez es una jóven muy linda, que se sonríe con la cara mas graciosa del mundo, que canta bien y con espresion, que es una actriz de sentimiento y de instinto feliz, y que lo seria mas aun si diese menos movilidad á sus bien torneados brazos; pero esta ópera la fatiga de un modo tal que su canto se hace á veces tan penoso para el que la oye como para ella misma. El terceto, sobre todo, del último acto la deja sin aliento; lo cual no obsta para que amigos y apasionados, mas entusiastas que prudentes, la obliguen todas las noches á repetir aquel trozo.

No seremos nosotros tan exigentes que pretendamos haya debido hacer un curso completo de tambor, como sin duda lo hizo la Sra. Solera, que en esta ópera podía competir con el mejor redoblante de una banda. La señorita Ramirez no ha querido hilar tan delgado, contentándose con hacer lo que hace cualquier chico en la feria de Navidad. Repetimos que ese es un perfil que ni quita ni pone gran cosa á la esencia del desempeño.

El papel del Sr. Font no es por cierto de los mas importantes de su cuerda. Lo canta con algun trabajo, pero lo canta bien.

El que ha estado á la altura de la parte que le fué encomendada ha sido el Sr. Becerra. Su hermosa y robusta voz, no menos que su buen

decir, le han grangeado aplausos muy merecidos.

La ópera se ha puesto en escena con toda la propiedad de trages y decoroso aparato que ella exige. Es un punto en el cual el Sr. Sañudo se esmera siempre, y para cuya consecucion nada omite.

Los cuadros se han presentado en general con gran efecto é inteligencia, como por ejemplo el de la introduccion, que es bello y bien entendido. A vueltas de estos aciertos, que del Sr. Albarrán ciertamente esperábamos, nos vamos á permitir el hacerle algunas indicaciones, por si las cree justas.

En el precioso terceto del último acto, de que ya hemos hablado, la jóven, cansada de la monotonía cancion que su supuesta tia le enseña, y estimulada por el recuerdo de sus cantos del campamento, arroja al suelo los papeles, y toma otra vez los aires de cantinera. Pero al olvidarse de su nueva posicion social no es bien se olvide del respeto y del cariño que debe á aquella distinguida dama hasta el punto de mofarse de ella con gestos, muecas, y ademanes de burla, convirtiendo aquella escena en la del cuarteto de *El Barbero de Sevilla* cuando D. Bartolo tira la vacía y los paños á Fígaro y á su pupila, mientras estos corren, saltan, y le hacen la mamola.

Nosotros nunca la hemos visto así. ¿Es porque de este modo arranca mas aplausos? Para personas como el Sr. Sanchez Albarrán esa no es una razon.

¿Y por qué en el tercetino que le sigue se coloca Sulpicio como cuerpo intermedio entre los dos amantes, interceptando con las de él sus manos, que no necesitaban estrecharse por telégrafo eléctrico? ¿No ven que así aquello de «caro bien» no se lo dicen uno á otro sino al sargento, cuyo sexo y cuyos canos bigotes deberían ponerlo á cubierto de requiebros semejantes?

Siga pues la empresa dándonos óperas tan buenas como esta, arrincone en el desvan á *Tramoya* y comparsa chavacana, y el público, cual ahora, concurrirá y aplaudirá; porque el verdadero mérito tiene el privilegio de no morir nunca, á pesar de los fugaces caprichos del gusto público.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

La naturaleza tiene sus dias de alegría y de fiesta como tiene sus horas de melancolía y

de tristeza. Si la viésemos siempre igual nos cansaríamos de su cielo azul sin nubes, y por lo mismo que es caprichosa y fantástica es por lo que sin cesar parece joven y nueva.

Otro tanto acontece á la moda. Todo su poder estriba en la inconstancia. ¿Por qué nos parece feo el traje de los hombres? Porque siempre permanece invariable.

Al menos en Turena he hallado trages masculinos que son diferentes y fantásticos.

Con un poco de buena voluntad se podrían tomar á ciertos dandys por pastores de Florian ó por aldeanos de la ópera cómica.

Su equipo es fresco y rozagante. Colin se vestía así cuando iba á ver á Colineta: casaquilla y pantalon de cotí blanco con rayas de azul bajo, corbata azul y sombrero redondo de paja de Italia con cinta de terciopelo negro.

Y las pastoras, como las castellanas, son realmente lindas cuando quieren copiar las pinturas de Boucher, de Watteau y de Larenet. La moda de hoy es la moda de otros tiempos, y mientras mas volvemos atrás, mas gusto y capricho encontramos.

El estilo de Luis XVI está en boga en cuanto á muebles, tintes, objetos de artes, cintas, faralás de trages, y hasta peinados. La moda de colocar flores, cintas y plumas en el vértice de la cabeza data desde María Antonieta. Esta especie de peinado, teniendo como tiene algo de régio y de imponente, no conviene á todas las fisonomías.

Hay mujeres á quienes esta moda afea. Así es que no debe ninguna peinarse al acaso. Toda bella dama que consulte á su peluquero ó á su modista, esté segura de ir peinada con arte y con gusto.

Digamos algo de las flores de Mlle. Pitrat.

He visto sus ramas de glicinas flexibles y tiernas, y al hallarlas en Turena sobre uno de los muros del castillo de Chambord, he creído que Mlle. Pitrat habia venido por sí misma á tapizar aquel coqueto muro con sus glicinas lilas.

Sobre una paja de Italia cortada á lo Galatea, la casa Leroy y Mariton ata dos ramas de glicina lila con terciopelo negro. Esto es lindísimo. Diríase que eran dos plumas, tanto es lo que la flor cae lánguidamente y tan vaporosa es. También coloca un ramo de dos rosas locas, ligadas asimismo por terciopelo negro. Esta es una flor que parece deshojada y que no lo está, que sacude sus pétalos al céfiro, como la loca juventud sacude sus ilusiones y sus sentimientos. Digo lo mismo de sus ramas de catalpa, de sus iris, de sus granadas portuguesas, de sus madreselvas, y de toda su risueña colección de cinerarias y de

coníferas, y sus plumas de verónica de todos matices.

Todavía se baila en Turena, y para el mes de agosto se va á dar en el castillo de Blois un baile magnífico, que tendrá lugar en el salon de los Estados, restaurado segun el gusto de la época por el arquitecto Duban. Todas las bellas castellanas de los alrededores pientan ya en sus trages.

Como trages de baile de estío, Mme. Maréchalle hace muchos blancos de tul, de organdi con florecitas, de tarlatana y de gasa. Los unos en el género Pompadour, los otros en el gusto de Luis XVI. Mme. Maréchalle varia sus adornos.

La sencillez elegante es la que agrada á las jóvenes lindas. Esta artista no exagera sus trages. Se contenta con hacerlos graciosos y que sienten bien.

¿Qué hay en efecto mas fresco y menos costoso que el tul y la gasa? Un traje confeccionado por el capricho de Mme. Maréchalle, y adornado con flores de la estacion, puede rivalizar, y algunas veces sobrepajar, al de encage de fabuloso precio.

Por flores de la estacion entiendo todas las mieses de estío de Mme. Millery, verdaderas mieses de trigo, de avena ó espigas de arroz, sobre las cuales la Aurora con sus dedos de rosa ha esparcido diferentes florecillas.

Las flores y las pedrerías son hermanas. ¿No tienen en efecto los mismos matices, los mismos reflejos y el mismo brillo? Solo que la tierra, avara y egoísta, esconde sus flores y no las manifiesta con la prodigalidad y esplendidez que lo hace la naturaleza.

La bisutería ha vuelto al estilo de Luis XVI, conservando sin embargo la fantasía del de Luis XV. Se necesita una múltiple variedad en la fabricacion de las joyas, porque cada equipo de calle y de baile exige, por decirlo así, un aderezo en relacion con él. Para un traje Luis XV es indispensable un adorno de piedras de colores, y para uno Luis XVI, sarras de perlas finas y garzotas de diamantes.

Los brazaletes compuestos de una cinta de oro cayendo en un solo cabo, están muy de moda para traje de paseo ó de visita.

La ropa blanca para equipo de paseo comprende la vaporosa y lujosa muselina bordada, con manto de capuchon ó chal doble. Respecto á bailes, consiste en bertas de tul ó de encage, ó en lindas pañoletas con mangas, que completan inmediatamente un corpiño liso, y le dan mucha gracia y elegancia.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de gró de canutillo: al costado se estiende una tira tambien de gró con cabos entrelazados unos con otros y cogidos por un gran boton de pasamanería: este adorno es nuevo y reemplaza las *quilles*. Monillo con faldas rodeadas del mismo gró al sesgo: mangas abiertas hasta la sangría del brazo: manguito de tarlatana blanca con un gran buche y puño de encaje. Cuello de idem. Guantes gris. Brazaletes de oro. Botines de piel marron abotonados por el costado.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de gró celeste y blanco á cuadros escoceses con dos enaguas: á la de encima se le coloca sobre el costado una ancha banda de gró celeste rodeada de un rizado de lo mismo, el cual continúa al rededor de la enagua: monillo sin faldas con una pequeña toquilla puntiaguda adornada con el mismo rizado. Manteleta de embutidos de encaje separados por rizados de gasa negra con un gran fleco de cordonero. Cuello y mangas, punto de Inglaterra. Sombrilla de gró paja forrada de blanco. Sombrero de tul blanco con volantes de blonda, adornado de musgo y yerbas verdes. Botines de gró gris con tacones á lo Luis XV.

TERCER FIGURIN PARA NIÑA DE 6 AÑOS.

Vestido de piqué blanco y á los costados bellotitas de pasamanería: monillo con faldas, con un peto formado de tiras estrechas enlazadas, y con el mismo adorno de la enagua: en la falda dos jaretones guarnecidos de lo mismo. Camisolin fruncido con buche de muselina cubiertos con un jokey. Calzoncitos bordados de *guipure*. Botines de piel gris. Sombrero de paja adornado de cinta rosa y ramos de margaritas: cabos sueltos.

FIGURIN DE NIÑOS.

PRIMER FIGURIN PARA NIÑO DE 10 AÑOS.

Chaqueta de paño verde-botella. Chaleco de piqué blanco. Corbata de gró azul y negra. Pantalon de fantasía. Camisa á grandes pliegues con puños mosqueteros.

SEGUNDO FIGURIN PARA NIÑO DE 5 AÑOS.

Blusa gris con bandas y puños de popelina marron rodeadas por cada lado de un galon y bellotitas del mismo color. Pantalon de lo mismo. Sombrero de paja de Italia con cinta y ribete de terciopelo negro.

TERCER FIGURIN PARA NIÑA DE 5 AÑOS.

Vestido de piqué blanco: por cada lado de la enagua, sobrepuesto de galon y bellotitas: monillo con faldas, con el mismo adorno; manga doble cuadrada con dos guarniciones iguales al vestido: sobre el monillo, que es de medio escote, berta-chal tambien de piqué, cayendo hácia la espalda formando punta por delante y detrás y guarnecida de dos hileras de bellotitas. Pantalon bordado. Botita clara con botones al costado.

CUARTO FIGURIN PARA NIÑA DE 10 AÑOS.

Vestido de barés inglés con dos enaguas guarnecidas de una ancha cinta escocesa: monillo redondo, liso y escotado: manga cuadrada y abierta: manguito blanco de organdí: camisolin de lo mismo con un puño de Valencien-nes. Sobre el monillo, berta tableada formando punta detrás y cruzada por delante terminando en cabos redondos que se sujetan en el talle sin formar nudo. Enagua-blanca ricamente bordada. Nada de pantalon. Vestido bastante corto para dejar ver la pierna. Calzoncito hasta la rodilla. Botitas de seda del color del vestido. Cabello vuelto á lo emperatriz, trenzado y sujeto por un lazo de terciopelo negro con cabos largos. Al cuello una cruz esmaltada con una cinta de terciopelo sumamente estrecha.

QUINTO FIGURIN PARA NIÑA DE 9 AÑOS.

Vestido de gró azul-cielo con cuatro volantes ribeteados de terciopelo negro y sobrepuestos de lazos de lo mismo: monillo cuadrado y plegado: mangas de buches con dos guarniciones y adornadas como la enagua. Camisolin de tul. Enagua-blanca bordada y sin pantalon como el anterior. Sombrero de paja de Italia adornado de flores silvestres y cinta ancha con cabos sueltos. Botita de seda azul.

SESTO FIGURIN PARA NIÑA DE 8 AÑOS.

Vestido de piqué inglés: monillo alto y liso: mangas ajustadas arriba y dos volantes. Sobretodo de gró negro guarnecido de una cinta

plegada á la antigua. Capota de gró blanco con un pequeño rizado, y sobre la frente corona de margaritas rosa. Cuello pequeño liso de batista y mangas de muselina. Mitones de encaje. Botitas marron. Sombrero verde.

SÉTIMO FIGURIN PARA NIÑO DE 4 AÑOS.

Vestido y chaqueta larga de gró azul. Botín alto de fieltro gris ó del mismo color del vestido. Gorra de fieltro gris con adornos azules.

OCTAVO FIGURIN PARA NIÑO DE 3 AÑOS.

Vestido de mahon con adornos de pasamanería: mangas blancas de chaconada. Calzoncito bordado. Botitas mahon.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

N.os 1 á 3 Esclavina: se lleva sobre un monillo escotado y se borda sobre muselina al pasado, lunares y feston, ó se hace del mismo género del vestido, en cuyo caso debe ser lisa ó con el mismo adorno de este: siendo lo mas admitido sin guarnicion. El núm. 1 es un lado del delantero que se une por una costura sobre el hombro. Núm. 2, mitad de la espalda cortándose doble para que no lleve costura. Núm. 3, banda para las que prefieran la esclavina con guarnicion.

4 y 5 Cuello y puño: feston y lunares sobre chaconada ó muselina.

6 y 7 Id. id.: bordado ligero.

8 y 9 Id. id. para niña: id. y feston.

10 Esquina de pañuelo: al pasado y punto de rosa.

11 Id. id.: id.

12 á 14 Guarniciones: al pasado, feston y punto ligero.

15 Bordado en malla redonda ó cuadrada: puede servir para cugin, asiento de taburete, tapete, etc.

16 E. V.: al pasado y feston.

17 C. P.: id.

18 C. G.: id. y bordado ligero.

19 F. B.: id.

20 I. L. enlazadas: al pasado, feston y punto de rosa.

21 L. B.: id. id.

22 M. B.: id. id.

23 H. B.: id.

24 A. P.: id.

25 L. A.: id.

26 Esquina para pañuelo: id.

27 Id. id. y bordado ligero.

28 S. B. C. enlazadas: al pasado.

29 P. E.: id.

30 L. B.: id.

31 C. B.: id.

32 D. A.: id.

33 A. P.: id. ó feston.

34 Laura: id.

35 L. V.: id.

36 V. E.: id.

N. 1 Pañuelo: feston.

2 Guarnicion: id.

3 Embutido: al pasado.

4 á 6 Dibujos para blusa de niño, bordada de cordoncillo: el del núm. 4 es para el delantero: el 5, para la espalda y mangas: y el 6, para la guarnicion de al rededor.

7 Guarnicion: bordado inglés.

8 Id.: id. ligero.

9 Papalina para casa: toda de blonda, guarneciendo el fondo con un pequeño rizado de cinta que viene á unir el adorno de la cara: á los lados, lazos de cinta.

10 Id. compuesta de encaje negro y blanco formando conchitas de dichos colores, y al lado un pequeño ramo de violetas: por detrás las conchitas negras y blancas se colocan al través con un rizado de los mismos colores: cabos pequeños.

11 Id. para casa: se forma con un rizado de blonda por delante, y el fondo ó buches partidos por la mitad por otro pequeño y chato, en el cual se pasa una cinta: cabos de blonda unidos por el mismo buche: detrás, moño de cinta.

12 Cofia compuesta de una ancha blonda en forma de toquilla: á los lados lindos lazos, y detrás nudo con cabos largos.

13 Toquilla María Antonieta, de muselina bordada con volantes unidos por un pequeño feston.

14 Papalina de muselina con embutidos bordados y de Valenciennes y fondo de lo mismo, rodeada de un rizado: lazos al lado y cabos de cinta.

15 Manga de id. con un gran buche y dos pequeños por encima; abajo otro

- buche pequeño con un encaje, nudo y cabo de cinta.
- 16 Cuello de id. bordado, guarnecido de un ancho Valenciennes.
- 17 Manga con un buche en la costura y cuatro pequeños Valenciennes rizados abajo colocados sobre un puño.
- 18 Alfabeto de sordo-mudos.
- 19 Timoteo Diaz Rodriguez: al pasado.
- 20 Rosalía Diaz Rodriguez: id.
- 21 M. T. L.: id.
- 22 R. T. L.: id.
- 23 D. R. de T. L.: id.
- 24 T. G.: id.
- 25 E. P.: id.
- 26 María Fuentes: id.
- 27 Ramona Fuentes: id.
- 28 M. M.: id.
- 29 F. M.: id.
- 30 T. d. M. z del M. o : id.
- 31 T. S. M.: id.
- 32 D. G.: id.
- 33 Esquina de pañuelo J. Ors Ll.: punto de pluma.
- 34 María I. Orive: al pasado.
- 35 Y. X. enlazadas: id.

CORRESPONDENCIA.

Sr. D. R. A.: *Berzosa*.—Queda variada la direccion; puede V. devolver por el correo los números de mayo.

Sr. D. J. A.: *Madrid*.—Suscrito hasta fin de Octubre.

Sr. D. F. de la V. y B.: *Santa Marta*.—Se recibieron los sellos para completar la suscripcion que tenia hecha hasta fin de Diciembre.

Sra. D^a E. C. de A.: *Tafalla*.—El 29 del pasado se le han remitido los números correspondientes al primer trimestre de este año.

Sra. D^a R. A. de C.: *Almonacid de Zorita*.—El 29 del pasado se le han duplicado á su Sra. hermana los números de Junio y Julio.

Sr. D. F. B.: *Zafra*.—Se recibieron los 13 sellos para el pago de la música que pedía, la cual se le remitió con el número del día 25 del pasado. Las otras dos piezas que pide no las tenemos: si V. desea obtenerla con prontitud, puede dirigirse en mi nombre á Madrid á D. Bernabé Carrafa, almacen de música.

Sra. D^a M. P. de B.: *Valencia*.—Suscrita por tres meses desde 1^o de Agosto. Se han recibido 33 sellos de á 4 cuartos, los cuales importan quince rs. y medio; costando la suscripcion de un trimestre 27 rs., faltan 11 y medio.

Sr. D. V. Ll.: *Alcira*.—El 19 del pasado avisó el corresponsal de esa que habia V. renovado su suscripcion por el tercer trimestre, y como verá por la correspondencia del número 34, el día 20 se le remitieron los números publicados desde 1^o de Julio. Sentimos mucho esta falta involuntaria del corresponsal, y por disculpable que sea, redundará en perjuicio de una empresa que su constante anhelo es servir con la mayor exactitud á los numerosos sus-

critores que la favorecen, y todavía mas sensible porque estas faltas no es solo de ese corresponsal, sino tambien de los de otros puntos: por cuya razon recomendamos á nuestros abonados renueven sus suscripciones, entendiéndose directamente con esta administracion, y será el modo que la reciban sin retraso.

SUMARIO.—*El cardenal Jimenez de Cisneros, estudios históricos*, por D. José Amador de los Rios. *Artículo II.*—*Album de mis recuerdos*, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco. *Nuevo manual de señoritas.*—*La primera verbena, poesía* por D. Antonio de Trueba. *A la orilla del arroyo, poesía* por D. Antonio de Trueba. *Del arte*, por D. Nicolás Salmeron y Alonso. *Un día del honrado Labrador*, por D. José María Gutierrez de Alba. *Redencion*, por M. Octavio Feuillet. *Teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas. *Modas de París*, por la Vizcondesa de Renneville. *Esplicacion de los figurines de modas.*—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados.*—*Correspondencia.*—*Geroglífico.*

LAMINAS.—*Figurin de modas de señora.*—*Id. para vestidos de niños.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*—*Dibujo de tapicería en colores.*

Solucion del geroglífico anterior.

Mas vale dos bocados de vaca que siete de patata.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

